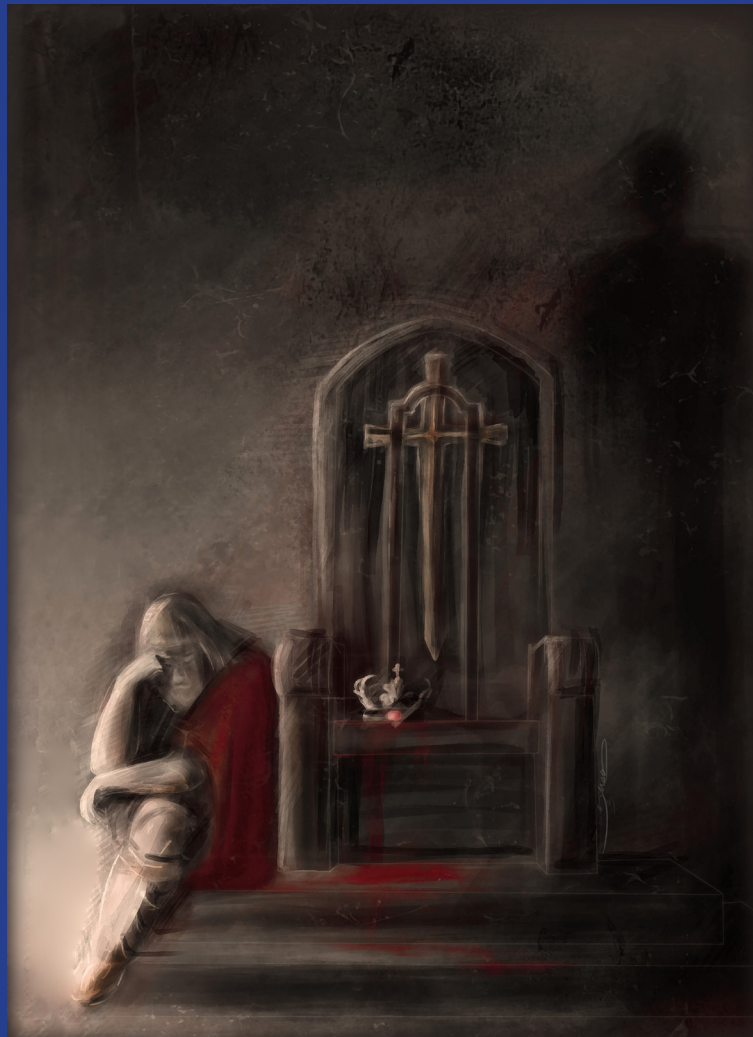


Ozkar Galán Pérez

*Claudio,
rey de Dinamarca*

Prólogos de
Nacho de Diego y Antonio Castro Guijosa



1ª edición, 2012

Ilustración de cubierta: Miren Leyzaola, 2012.

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

© Editorial Anagnórisis

© Ozkar Galán Pérez, 2012

© De los prólogos: Nacho de Diego y Antonio Castro Guijosa, 2012

ISBN: 978-84-15507-10-9

Depósito legal: B-19087-2012

Mi pequeña historia con Ozkar

La primera vez que lo vi, creo recordar, fue en la cafetería de la Real Escuela Superior de Arte Dramático (RESAD), hace ya algunos años. Aunque da igual. Podría haber sido de noche, justo antes de los bosques, o en un bar de un hotel de Tokyo. El resultado, al menos para mí, habría sido el mismo. Exactamente el mismo. Jamás había conocido a nadie tan auténticamente genuino como Ozkar Galán y estoy convencido de que, como personaje, sería exactamente igual en los soportales de un brumoso puerto genetiano, que en un drama familiar de O'Neill. Pero no. Ozkar no es ningún personaje, aunque haya gente que se empeñe en lo contrario. Aunque haya gente que lo mire como si de un *outsider* se tratase. Ozkar es auténtico. De

verdad. Y los que demuestran no poder ir más allá de la superficie, de lo que Ozkar muestra, probablemente, de manera lúdica e intencionada, lo único que consiguen es muy poco porque, de esa forma, es imposible atisbar, ni siquiera un mínimo resquicio, del valor de Ozkar como dramaturgo y de su grandeza como ser humano. De cualquier modo, debo confesar que siempre he sentido cierta debilidad por artistas como Sid Vicious, Alexander McQueen o Paul Gascoigne.

Por aquel entonces, Ozkar estudiaba Dramaturgia y yo, Dirección de Escena. Es posible que compartiésemos clase en alguna asignatura, pero, por alguna razón que se me escapa, mis recuerdos de nuestros encuentros se limitan al *hall*, los pasillos y la cafetería de la RESAD. Ozkar estaba allí. Con txapela, o no. Con patillas, perilla, rapado, con gafas, o sin ellas. Delante de un café con leche. Descentrado, concentrado, serio –casi nunca–, contento, activo y tramando. Siempre tramando. Trazando tramas sin cesar. Las de sus textos, o no. Da igual. Siempre activo.

Despierto –aunque estuviese soñando–. Atractivo. Muchas veces, excesivo. Y algo que tiene mucho que ver con el magnetismo, hacía que acabase siempre acercándome a él. Buscándolo. Sobre todo, las cosquillas. Sí. Porque a mí me encantaba saber qué pensaba Ozkar de todo. No solo de arte y teatro. Me gustaba sacar cualquier tema y ver qué decía, cómo se expresaba, reflexionaba, debatía... Política, xenofobia, deporte, sexualidad, amor... cualquier tema, cualquier tipo de filia o de fobia era una buena excusa para observarle y disfrutar. Porque Ozkar, en sí mismo, es muy teatral (que no personaje). O, al menos, tiene mucho que ver con lo que para mí debe ser el teatro. Cercano, inmediato, directo, pero, en ocasiones, enigmático, con cierta intriga, genuino y, sobre todo, lúdico. Muy lúdico. Como si de un alumno aventajado de Johan Huizinga (*Homo ludens*, 1938) se tratase, Ozkar rebosa ludismo y, desde mi punto de vista, es ahí donde radica su fuerza.

Le perdí la pista durante algunos años hasta que volví a tener noticias suyas a través, como no, de Facebook.

(Básicamente, para muchos tipos de reencuentros, esta red es un invento maravilloso). Vi que ambos compartíamos un momento de efervescencia creativa y, aunque los intercambios de información a través de la red fueron tímidos, el reencuentro, al menos a mí, me produjo una gran satisfacción. Ahí volvía a estar Ozkar. Con textos estrenados, publicados, premiados... Con proyectos. Con la vitalidad de siempre. Aparecía, de nuevo en mi vida, alguien que a muchos resultaba polémico, incluso con cierto halo de ¿impertinencia?, y que a mí me seducía con su natural, insisto, ludismo y me resultaba, a todas luces, delicioso. También disfrutaba, por qué no decirlo, con la ceguera de alguna gente ante alguien, al menos conmigo y para mí, tan atento, ingenioso y buen compañero. Porque, aunque la vida todavía no nos ha dado la oportunidad de ser grandes amigos, Ozkar hace ya muchos años que es un gran compañero.

Meses después, asistí en la SGAE a un acto que celebraba el Festival Visible y coincidí con Pedro Villora,

excelente dramaturgo y mejor amigo. Pedro había sido profesor mío y de Ozkar en épocas distintas, y estuvimos hablando durante algunos minutos del sentimiento y la admiración que compartíamos por Ozkar. (Al igual que a Ozkar con su texto *Unamuno, ad altior natus sum*, Pedro también había escrito uno de los prólogos de mi texto *La playa de los perros destrozados*, 2009). He de confesar que me sentí muy feliz de poder compartir todas estas sensaciones y coincidencias respecto a Ozkar, con alguien tan admirado y querido como es Pedro. Fue ahí cuando me enteré de que Ozkar había sido accésit del XIX Premio SGAE de Teatro (2010) con la obra *Wilde, being earnest*, última entrega de su estupenda «Trilogía de ilustres muertos» (Antonin Artaud, Miguel de Unamuno y Oscar Wilde). La noticia me llenó de alegría. Era evidente que, de nuevo, volvían a cruzarse nuestros caminos. Por eso me ilusionó tanto su llamada, hace unos días, proponiéndome escribir el prólogo de su nueva publicación: *Claudio, rey de Dinamarca*. Una dramaturgia creada por Ozkar Galán, partiendo de una

idea del director de escena Antonio Castro Guijosa. Y aquí estoy. Recordando a Ozkar con una sonrisa nostálgica en los labios al revivir todas esas risas y frases irreverentes e ingeniosas que me regaló y que, seguro, me seguirá regalando durante mucho tiempo.

Pero ahora debo acabar con Ozkar y empezar con Claudio. *Claudio, rey de Dinamarca*. Es el momento de hablar de esta nueva revisión del mito shakespeariano. Galán, en un intrépido ejercicio de síntesis y dosificación, nos va mostrando, de manera calculada, todos los elementos dramáticos que conforman la fábula del dramaturgo inglés. Sin excepción. Jugando incluso, en algunos momentos, con ingeniosos amagos de prolepsis, para introducir algunos datos que el autor considera necesarios. Y desde el comienzo, a través del personaje de Yorick –qué mejor que con el bufón, ya muerto, con el que Hamlet solía divertirse cuando era niño y que tantas veces ha sido representado en los escenarios con una calavera–, solo o en compañía de otros personajes, va trufando la obra de elementos y

referentes anacrónicos –populares y no tanto, pues ahí están Oscar Wilde, Albert Camus, Fernando Arrabal...– que, a modo de extrañamiento o distanciamiento dramático, distorsionan (a veces, extorsionan) la fábula ya de todos conocida, tanto en teatro como en cine y televisión.

¿Es acaso Galán, a través del personaje de Yorick, un demiurgo contemporáneo del tipo narrador testigo homodiegético? Sospecho que sí. Galán, a través de sus anacrónicos referentes, crea incluso en el preludio una especie de *opening* de cabaret satírico, político y social, destinado a empatizar con gran parte del espectador medio –aunque no creo que, a pesar de tantas decisiones retrógradas desde el poder, Galán tenga problemas por esto como en su día los tuvieron Ben Jonson y Thomas Middleton, llegando incluso a ser encarcelados, aunque con tanto oligofrénico, nunca se sabe–. Incluso, ya avanzada la obra, Galán nos muestra ciertas coincidencias sospechosas entre su obra y nuestra propia y, últimamente, tan polémica –para muchos, denostada– monarquía y también, con nacionalismos varios.

Tratándose de Hamlet, «el personaje entre personajes», ahora podría hablar de diferentes temas como la traición, la venganza, el incesto, la corrupción moral, etc., pero no. Me resultaría tremendamente aburrido hacerlo, pues ya lo han hecho otros de manera magistral y si quedaba algo en el aire, ya se encargó Harold Bloom de exterminarlo.

La inmensa pluralidad de perspectivas, desde donde puede ser analizado, interpretado y discutido el texto que revisa Galán, haría de ello un empeño insoportable. Pero sí me gustaría centrarme un poco en la curiosa estructura de la obra, dividida en 22 fragmentos (un buen amigo mío, también dramaturgo, diría extractos) que Galán denomina de la siguiente manera:

- 10 escenas
- 5 soliloquios
- 2 estásimos
- 5 fragmentos en los que aparece Yorick y que el autor denomina: DIÁLOGO ENTRE CLAUDIO Y YORICK en

la puesta en escena; PRELUDIO, donde Yorick nos cuenta lo que vamos a ver; SOLILOQUIO DE YORICK, escena censora en la que se evita el sexo explícito; LA RATONERA y AHORA. Claudio quiere terminar la función.

Y es que, desde el comienzo, el autor juega con los tres niveles de que consta el tiempo teatral. A saber: el tiempo diegético o argumental (plano temporal que abarca la totalidad del contenido); el tiempo escénico, es decir, el tiempo que dura la representación; y el tiempo dramático, o lo que se selecciona del tiempo diegético para ajustarlo al tiempo de la representación.

Y es aquí donde Galán empieza a mostrar las piezas de su puzzle. A través de un desarrollo discontinuo del tiempo dramático, el autor utiliza los diez fragmentos que él denomina «Escenas», para exponernos los elementos de la fábula shakesperiana que necesita como base de la suya propia y que completará con piezas de un puzzle totalmente diferente y, a veces, discordante. Estas diez Escenas van siendo trufadas con cinco soliloquios de

marcado carácter monologal y donde, curiosamente, el primero, que corresponde al personaje de Claudio, es un *flashforward*, recurso que no volverá a aparecer más a lo largo de toda la obra. Otros tres, son reflexiones con cierto flujo joyceano; y el último, que corresponde al personaje de Yorick, entraría en la categoría de nexos temporales, al igual que todos los demás fragmentos donde aparece Yorick, el narrador-demiurgo, y que ya he mencionado anteriormente. Estos nexos crean suspensiones temporales en cuanto a que detienen el tiempo ficticio de la fábula (en este caso, tanto la de Shakespeare como la de Galán), pero sin interrumpir el curso real de la representación. Se trata de fragmentos-pausa llenos de contenido dramático. En las dos últimas –«Ahora. Claudio no quiere seguir» y «Ahora. La verdad de los muertos»– Galán juega descaradamente con el espectador, haciéndolo partícipe de estas pausas en las que, como si de una mascarada se tratase, todos los muertos de la trama shakesperiana van apareciendo como espectros (¿ironía?) de la mente de Claudio y reflexionan sobre el

final que propuso el autor isabelino, a la vez que se va cerrando, sin remisión, el final de *Claudio, rey de Dinamarca*.

Todo este complejo puzzle de personajes donde su cinismo es llevado a límites casi insolentes, combinado con elipsis de un alto grado de indeterminación, es lo que provoca en el resultado final una cierta acronía relativa y parcial. (¿Se acordó, en algún momento, Galán de Büchner cuando escribió su texto?)

En fin... Alguien tan célebre como Mercade, afirmaba en su libro *Hamlet: or Shakespeare's Philosophy on History* (1875) que el texto de Shakespeare encubre una filosofía de la historia en forma alegórica: Hamlet encarnaría la búsqueda de la verdad que conduce al progreso, Claudio el mal y el error, Ofelia la Iglesia, Polonio el absolutismo y la tradición, el Espectro la voz ideal del cristianismo, Fortimbrás la libertad, etc. Sinceramente, y con todos mis respetos, a mí me da igual. Para mí, *Claudio, rey de Dinamarca* encarna las ganas de Ozkar Galán de contarnos una historia. Esas ganas que tantas veces nos ha

transmitido. Contarnos una historia. Otra más. Y es por eso que yo, aquí, también he querido contar mi pequeña historia con Ozkar.

¿Para cuándo un café, amigo?

Nacho de Diego

«Esto es así y no de otra manera»

¿Cuántas veces nos encontramos con esta afirmación?
¿Cuántas veces oímos a alguien estar absolutamente seguro algo, incluso de motivaciones, intenciones o sentimientos ajenos?

Me cuesta creer en las certezas. Cuando alguien afirma contundentemente «esto es así» casi involuntariamente desconfío y pienso si no hay alguna trampa en lo que me están contando. Me cuesta todavía más cuando esas certezas apuntan a un problema y dan una explicación del tipo «la culpa es de este o de aquel sujeto, que es un inepto», o –peor aún– señalan que el origen de nuestros problemas es pura y simplemente la maldad de alguien.

Me resulta difícil creer en las certezas, pero sobre

todo me parece francamente torpe conformarme con explicaciones como la estupidez o la maldad. Pienso –probablemente de forma ingenua– que incluso aquellos a quienes pueda considerar ineptos o malvados han seguido algún tipo de razonamiento o impulso para realizar lo que hayan hecho. Si preguntáramos a alguien «¿por qué hace usted esto?» y nos respondiera «porque soy malo» muy probablemente no le creeríamos. Yo, personalmente, pensaría que no me quiere revelar su verdadera motivación, o que sencillamente se está burlando de mí.

Así pues, no me conformo con la ineptitud y la maldad. Creo honestamente que hay otras motivaciones más profundas, más arraigadas al ser humano, que puedan impulsar nuestras acciones. Y creo que buscarlas nos permite entender mejor a los demás y a nosotros mismos.

Hay personajes en la historia del teatro –y por supuesto, del cine, de la novela, etc.– a los que les ha caído la etiqueta de ineptos o malvados. Parece que esas explicaciones son suficientes para despachar su historia, y es cierto que

en algunos casos los personajes carecen de la entidad suficiente como para desarrollarlos más. Otras veces el autor omite deliberadamente la historia de ese personaje para no estorbar en la línea argumental que ha elegido. También hay veces en que, sencillamente, no se ha sabido hacer mejor. En cualquier caso, este tipo de personaje nos ofrece la oportunidad de rescatar su historia, de hacer una búsqueda un poco más profunda y de explorar los horizontes que se abren si en vez de ser «malos» o «ineptos», los presentamos como personajes inteligentes, conscientes de lo que están haciendo y de lo que ello implica. Personajes que tengan una problemática con la que yo me pueda sentir identificado.

El Claudio que escribe Shakespeare pertenece a esta categoría. Shakespeare lo describe como avaricioso, envidioso y celoso. Además, y eso demuestra su grandísima habilidad, le hace tan astuto y convincente que solo Hamlet, gracias a la aparición del espectro, sospecha de él. Una gran elección, a mi juicio, porque Hamlet es el héroe y para ser un gran héroe necesita un gran rival.

Nosotros hemos querido dibujar un Claudio diferente. Hemos buscado razones que pudieran ser defendibles y defendidas, algo que evidentemente no podía ser la envidia o la lujuria, y desarrollar la peripecia y los personajes desde esa óptica. Encontramos esas razones en el propio texto de Shakespeare. Encontramos que esa razón bien podía ser evitar una guerra: la guerra que el difunto rey Hamlet había provocado al matar al rey Fortimbrás de Noruega. Claudio asesina a su hermano para detener esa guerra, sabedor de su culpa y de que tendrá que pagar un precio por ello. Equivocado, y a nuestro juicio condenable, Claudio se presenta ante nosotros con una perspectiva propia y un ideario que puede contrastar y debatir con nosotros, de manera que las etiquetas que le queramos poner vendrán a posteriori y quedarán a juicio de cada cual.

A la hora de poner en pie el espectáculo partimos de ese germen: Claudio, cansado de soportar su fama de malvado, se presenta ante el público de hoy para explicar su versión de la historia. Nos cuenta desde nuestra contemporaneidad cómo fueron las cosas entonces, cómo

las recuerda y cómo las afronta él tanto tiempo después. Se generan automáticamente dos planos bien diferenciados: el hoy desde el que Claudio nos habla, y el entonces en el que ocurre toda la peripecia de Élsinor. Esta separación en el tiempo tiene su traslación directa al espacio escénico que utilizamos: una zona en principio destinada al alegato de Claudio y otra para Élsinor. Decidimos convertir la corte de Hamlet en una especie de isla delimitada por un suelo, rodeada de un vacío, de manera que lo que ocurre en Élsinor aparece «flotando» en el escenario, para potenciar la idea de recuerdo de Claudio.

Otra idea que emana de la propia estructura del texto es la idea de duplicación. Prácticamente todos los elementos de la historia aparecen duplicados: los espacios en los que se desarrolla la trama (el jardín, la sala del trono, la alcoba de Gertrudis); los dos asesinatos cometidos por Claudio; la muerte de Gertrudis y la muerte de Ofelia; la relación amorosa entre Claudio y Gertrudis, y la relación amorosa entre Ofelia y Hamlet; incluso la relación directa que tienen tanto Yorick como Claudio con el público. Todo

en la función invita a la idea de doble, a la idea de anverso y reverso; siempre hay dos visiones enfrentadas de las acciones de los personajes. Así fue como llegamos a la idea de espejo, que desembocó en la confección de módulos, cada uno de los cuales tenía una cara con apariencia de piedra y otra con un espejo. El suelo mencionado anteriormente y la variedad de juegos que permiten estos tres módulos-espejo son los que han articulado la construcción de los diferentes espacios de la obra.

Y fue siguiendo esta misma idea de espejo cuando tomamos una de las decisiones más arriesgadas y que a la vez más opciones ha abierto durante este proceso de montaje: una misma actriz interpreta a Gertrudis y a Ofelia, y un mismo actor interpreta tanto a Hamlet como a Yorick. El resultado de esta decisión es, primero, una gran potenciación de ese símbolo que recorre la obra que es el espejo, segundo, un enorme subrayado -por omisión- del reflejo de Claudio, a quien Yorick identifica sagaz y cruelmente con su propio hermano.

La función se convierte de esta manera en un gran juego de espejos y duplicidades. Esos espejos, a modo de oráculo del sur en La historia interminable, reflejan lo que los personajes serían en otras circunstancias, o lo que les gustaría ser. El reflejo de Hamlet es Yorick, el bufón; un personaje completamente libre, capaz de decir lo que piensa, de tutear al poderoso, un personaje, en definitiva, que no tiene que cuidar sus palabras ni sus actos porque vive en la levedad y en la intrascendencia (actitud cercana y fácilmente confundible con la estupidez), mientras que Hamlet -que es evidentemente inteligente- vive en el peso, en lo grave, en la responsabilidad. Hamlet quisiera ser Yorick (hasta el punto de que en el original de Shakespeare interpreta el papel de 'fool'), quisiera ser leve, verse liberado de sus obligaciones para con su padre, poder hacer y hablar abiertamente sin temer que sus acciones no tengan consecuencias indeseadas. Pero necesita estar seguro, y la inteligencia dice que es realmente difícil estar seguro. Gertrudis, por su lado, querría ser Ofelia; la mujer joven, libre para amar a quien quiera, de la que nadie sospecha.

No obstante, el reflejo va también en otro sentido, y si bien Hamlet quisiera ser Yorick, también Claudio querría que Hamlet fuera un 'fool', alguien que dice las cosas a las claras y -por qué no admitirlo- alguien a quien se puede ignorar o silenciar sin problemas. Igualmente Claudio prefiere a Ofelia que a Gertrudis. Este Claudio que se desprecia a sí mismo por no haber sido consecuente con sus convicciones no puede tener respeto por la mujer que le encubrió y le permite mantenerse en un lugar que no le corresponde. Es inevitable que ese desprecio termine aflorando: Gertrudis es casi tan culpable como él. Sin embargo, Ofelia es inocente. Es digna, es recta, y se rige de acuerdo más a su ética que a la conveniencia.

Sobre estos grandes pilares iniciamos nuestro proceso de ensayos. Teníamos varios retos por delante. El primero, conseguir presentar la causa de Claudio con naturalidad, buscando la parte amable, digna, idealista... de un personaje que lo primero que hace en la función es asesinar a su hermano. Ernesto Arias hace un trabajo impresionante en este sentido y dota a Claudio de toda esa humanidad que se

presume le falta a un fratricida. Para conseguirlo partimos del punto contrario al que de primeras se nos vino a la cabeza leyendo juntos el texto: en lugar de un Claudio reconcomido por la fama de malvado que tiene, iniciamos la búsqueda desde un Claudio ansioso y casi alegre por tener por fin la oportunidad de contar su historia, un Claudio que disfruta con sus logros, que se permite emborracharse para celebrar lo que le ha ido bien.

Ese mismo sistema de construir a partir de una idea alejada de lo que se espera de primeras lo aplicamos a los otros tres personajes de la trama de *Élsinor*: Gertrudis es cualquier cosa menos una mujer ignorante de lo que ocurre, y tampoco responde a la idea de mujer de cierta edad asentada y dueña de sí misma. A Ofelia, sin embargo, sí le hemos dado la impronta de una mujer de valores, decidida, fuerte, asentada; no una chica joven con problemas amorosos, sino una mujer de moral recia, dispuesta a afrontar con empaque lo que venga. Igualmente hemos huido del prototipo de Hamlet: el muchacho joven y reflexivo, que duda constantemente de lo que debe hacer.

Muy al contrario, a nuestro Hamlet le hierve la sangre por las sospechas que tiene acerca de la muerte de su padre, y le situamos en la encrucijada de elegir entre la opción aparentemente fácil que contenta a todos o cumplir con lo que cree que es su deber, aunque resulte doloroso.

Otra gran dificultad a la que nos enfrentábamos es conseguir un código claro y a la vez elocuente que nos permitiera trasladarnos continuamente de un tiempo a otro (del presente en el que Claudio habla al tiempo del relato que se desarrolla en Élsinor), de un espacio a otro e, incluso, de un personaje a otro. En este último apartado me resulta admirable también la capacidad que demuestran Eduardo Mayo y Verónica Ronda para simultanear de manera creíble dos personajes tan claramente diferenciados, apoyados en una pequeña partitura gestual y en la habilidad de Ozkar Galán para escribir diálogos que no se apartan ni un momento de la acción inmediata y que, a la vez, ayudan muchísimo a identificar al personaje que interviene.

Y es que poder contar con el dramaturgo durante el

proceso de ensayos es uno de los privilegios que se tiene pocas veces y que resulta de una ayuda inimaginable. Gracias a ello hemos podido limar y definir muchos momentos a lo largo de la función, los actores han tenido acceso a los entresijos de los diálogos –lo que les ha permitido comprender mejor la acción y los personajes–, y también Ozkar ha podido afinar parlamentos gracias a las aportaciones que realizaba el reparto. Pero, sobre todo, hemos podido adecuar momentos del texto al desarrollo escénico de la obra. A mí, como director, esto me ha resultado de muchísima ayuda, ya que hemos ido trasladando al texto propuestas que desde la construcción escénica estaban dando resultados más elocuentes, desde cosas tan pequeñas como colocar mejor un chiste a otras como introducir texto nuevo para armar una transición.

Poder trabajar con el dramaturgo en la sala de ensayos no es solo un lujo, es, a mi entender, el tipo de proceso al que debemos aspirar. Un trabajo construido sobre la realidad teatral del escenario, que tiene su propio lenguaje y muchas veces una lógica propia que solo aparece en los ensayos, y

que escribiendo en casa resulta muy difícil de imaginar.

Claudio, tío de Hamlet ha resultado un reflejo muy cercano al tipo de teatro que más me interesa: trabajo de todas las secciones desde lo generado en el escenario, mezcla de géneros, búsqueda intensa de un lenguaje de gran teatralidad que emane directamente de la propuesta y una inmersión en cuestiones sociales desde el individuo, con la aparición de todas las complejidades que surgen de esa confrontación. Por todo ello, no puedo dejar de agradecer su labor al equipo de Rajatabla que ha hecho posible realizar este viaje.

Antonio C. Guijosa

Unas breves palabras del dramaturgo

Shakespeare no es Dios. Es un tipo, del que poco se sabe, que me ha acompañado toda la vida, y que, probablemente, seguirá por ahí una vez me muera yo. He visto tantos horrores en torno a Shakespeare que perjuré nunca hacer una adaptación sobre una obra suya. No es la primera vez que, por decirlo de algún modo, mido mi pluma con la joya de la corona, pero esta vez ha sido diferente.

Antonio C. Guijosa me propuso un Hamlet en el que el malo no fuera Claudio y, a partir de ahí, todo fue rodado. Lo que vais a leer a continuación es solo una cuarta parte de todas las escenas que escribí y rescribí decenas de veces. Antonio, por su parte, dirigía el texto pidiendo una cosa u otra. Cuando en una producción hay un dramaturgo el trabajo se multiplica: tienes que tener tu voluntad, tienes

que respetar al Cristo Rey de las letras británicas y tienes que convencer al director de la obra. Es más fácil cuando con tu Long John, dos hielos y un cigarro te sientas en tu mesa y escribes lo que te da la gana, pero es más productivo cuando puedes ser parte del engranaje teatral. El dramaturgo debiera ser siempre así.

Como gran lector de comics, siempre he tenido debilidad por un estilo al que llaman «What if», que es algo como colocar a Superman en la Edad Media o a Batman enfrentándose en Londres a Jack El destripador. Hay quien creerá que esta obra es algo parecido a eso, pero no. No vamos a contar Hamlet «como si» Claudio fuera el bueno, vamos a contar Hamlet hablando de los motivos de Claudio. Lo que vais a leer a continuación es una infamia sobre una de las obras dramáticas más importantes de la historia, con permiso de *Sopa de gansos*. La verdad nos hace libres.

Ozkar Galán

Claudio, rey de Dinamarca
de Ozkar Galán

*Y hoy aún,
¿qué es lo que mata, qué es lo que aplasta brutalmente,
materialmente, en todos los países de Europa,
la libertad y la humanidad?
Es el triunfo del principio cesarista o romano.*

Mijail Bakunin, Dios y el Estado.

Estreno en el II Certamen Internacional Almagro Off, el
13 de julio de 2012, bajo el título de *Claudio, tío de Hamlet*.

Idea y argumento

Antonio C. Guijosa, a partir de los personajes de W.
Shakespeare.

Dramaturgia

Ozkar Galán

Escenografía

Mariona Julbe

Vestuario

Mónica Teijeiro

Iluminación

Daniel Checa

Espacio sonoro

Mar Navarro

Dirección

Antonio C. Guijosa

Reparto

Claudio: Ernesto Arias

Hamlet/Yorick: Eduardo Mayo

Gertrudis/Ofelia: Verónica Ronda

PRELUDIO

donde Yorick nos cuenta lo que vamos a
ver

En un espacio vacío, un bufón muerto habla sobre vivos y muertos.

YORICK.- Ilustres damas, apreciadas señoras: bienvenidos si habéis pagado, y que una pulga os pase la sarna a los demás. ¡Bienvenidos al teatro! Ya sabéis, ese espacio en el que se cuentan cosas, la gente ríe, aplaude, no puede tomar palomitas ni refrescos y luego pasa la SGAE. A los de la SGAE se les reconoce porque sí les dejan entrar con palomitas.

En primer lugar, vamos a ordenarnos..., los intelectuales por aquí, por el centro, ¿os habéis traído todos las

gafapastas? Bien. Acordaos de que algunos tenéis que quitarle los cristales, que si no, no veis. Banqueros y políticos a la derecha, seguro que ahí estáis cómodos, y si queréis intervenir, intervenid; a la izquierda desempleados y desahuciados, estos siempre están llamando la atención, fijaos, la cola llega hasta Ceuta; y por favor, me separan los curas de los niños, que los niños andan muy salidos. Creo que estamos casi todos... ¿y el ministro de cultura? Ah, perdón, que hoy le tocaba cine. (*Aclarando.*) Una peli española. La han rodado en Roma, la actriz principal es rusa y termina follando con Resines justo antes de la guerra civil; no os preocupéis por el estreno, en dos semanas la dan en Antena 3. Perdón, no me he presentado. ¿Me reconocéis, verdad? ¿No? Estáis pensando en Brad Pitt, pero no seáis realistas, pensad en el sentido figurado. Igual mejor así. (*Enseña mucho los dientes y se pone de perfil, intentando que le miren solo la cabeza.*) No, Ana Botella, no; soy yo, Yorick, el bufón.

¿Habéis venido a ver Hamlet, verdad? Pues me parece que alguno se va a ir llorando a casa. Voy a demostraros que sabéis poco de Hamlet. Para empezar, el título original es *Hamlet, príncipe de Dinamarca*, pero al Borbón lo llamamos Juancar, así que podemos resumir: Hamlet. ¿Y por qué Hamlet? Es soso, es aburrido, es dubitativo, es yuxtapuesto, es... Claro, por eso es de sangre azul y es culto, y como a todos los de sangre azul se le puede decir en culto: *Tua mater mala puta est*. Buscad la traducción en Google, os va a encantar.

Volvamos a Hamlet. A mí no me dejan ser el prota de la obra porque, al fin y al cabo, ¿quién soy yo? Un humilde trabajador, un jornalero de sol a sol en busca de una sonrisa. Por eso tengo un personaje de figuración, ¡sin frase!, sin labios ni lengua para que no pueda hablar, sin brazos, sin piernas... sin ninguna de las tres piernas. ¡Pero no me quejo! Me cago en la madre de Shakespeare, pero no me quejo. No puedo negar que con el tiempo he ganado cierto protagonismo; todo el mundo recuerda la escena de (*Toma una calavera en la mano.*) «to be or not

to be» I am, U are, He is... ¿La recordáis? ¿La habéis visto mil veces! ¡Es estupenda! ¡Es genial! ¡Es mentira! Chicos, esta no es mi calavera; esta no es mi escena; esta escena ni siquiera existe: no hay una escena en la que Hamlet tenga una calavera en la mano y diga eso. ¡Soy el protagonista de una farsa! Mi escena es una mentira que los medios de comunicación han repetido mil veces, y se convierte en verdad. ¿Queréis un ejemplo? ¡La princesa Leticia es guapa! A ver quien tiene narices de reírse de esto.

Hoy no va a venir Shakespeare. Lo siento por los fans. Puse diez clavos en su caja. Otros diez en la de Molière, por si le daba la vena sindicalista. Los escritores son en el fondo unos hooligans de las letras. Shakespeare, Shakespeare, Shakespeare..., palabras, palabras, palabras... ¿Queréis ver a Shakespeare? Os puedo hacer una imitación del viejo Will. (*Se pone de espaldas al público, se mete dos algodones en la nariz y se muestra con los brazos cruzados como un cadáver.*) Es como la de Fraga, pero más delgado.

Hoy no vamos a hacer Hamlet. ¿Por qué? Porque estamos hasta los huevos de repetir y repetir y repetir... No, mentira. Es por pasta. Uno de los personajes me ha pagado una gran suma de dinero para poder contar la historia de otra manera. Tengo presupuesto para quince actores, seis técnicos y dietas, pero, como intermediario, he tomado una parte del presupuesto para gastos personales y nos ha quedado dinero para tres actores, mediocres, creo que hay un técnico, pero es becario, un director, le hemos prometido fama y gloria, y un dramaturgo, que los dramaturgos de hoy, con un bocadillo de panceta y una Mahou, tiran para un rato. Bueno, y una parte se la ha quedado hacienda, que hacienda somos todos..., bueno..., menos Bankia. Me he quedado con parte del dinero, pero ha sido sin querer. Que estoy muerto, sí, pero soy persona. ¿Sabéis dónde está mi tumba? Yo tampoco. A mí me desenterraron para meter a Ofelia. El dinero lo voy a usar para poder comprarme una tumba decente ¿Habéis visto la tumba de Michael Jackson, al lado de un Toys Ur's? Toda la

eternidad en un lugar de lujo, rodeado de público..., excelente. Así pues, y sin querer desvelar quien es el artífice de todo esto, os vamos a contar la historia de Claudio, el tío de Hamlet. Llegó a ser rey; los reyes se gastan lo que sea en sus vicios. Bueno, la mayoría. Otros van siempre de invitados. Al tema:

En Dinamarca reina el rey Hamlet, marido de la reina Gertrudis, padre del príncipe Hamlet y hermano de Claudio. El rey Hamlet, por un quitame allá esas masturbaciones, declara la guerra al rey Fortimbrás de Noruega. ¿Hasta aquí todo bien? (*Haciendo hincapié:*) Dinamarca declara la guerra a Noruega. ¿Lo habéis entendido todos? Bien. Primero, unas pequeñas lecciones de geografía: Dinamarca es un reino de 43.094 kilómetros cuadrados. NORUEGA es un reino de 385.155 kilómetros cuadrados. Y ahora: Dinamarca declara la guerra a NORUEGA. Si esta parte la habéis entendido y aceptado, mañana Teruel le puede declarar la guerra al estado de Kentucky.

Se va el bufón, comienza la tragedia. Imaginad un rojo atardecer, un viento cálido del sur, un rey echando una siesta y su hermano, Claudio, derramando veneno en el oído del monarca.

ESCENA I
en la que Claudio ya ha asesinado al rey
Hamlet

CLAUDIO asesina al rey HAMLET. Observa cómo muere. Cuando echa su último aliento, entra GERTRUDIS. A CLAUDIO se le cae el botecito de veneno. Gertrudis lo ve, pero hace que no.

GERTRUDIS.- ¿Ha muerto?

CLAUDIO.- No te escuché entrar.

GERTRUDIS.- Entré cuando me pareció que expiraba. Dime la verdad, ¿ha muerto?

CLAUDIO.- Sí, ha sido muerto.

GERTRUDIS toma el bote de veneno del suelo. Sigue hablando y, sin querer, juega con él.

GERTRUDIS.- Ha sido asesinado.

CLAUDIO.- Sí, Gertrudis.

GERTRUDIS.- Como un perro rabioso.

CLAUDIO.- Sí, Gertrudis.

GERTRUDIS.- Por un amigo.

CLAUDIO.- Sí, Gertrudis.

GERTRUDIS.- Era de esperar.

CLAUDIO.- Llama a la guardia. Estoy dispuesto.

GERTRUDIS.- ¿A la guardia?

CLAUDIO.- Que me ejecuten. Pagaré por mis culpas.

GERTRUDIS.- No tienes culpa. Ni siquiera tú, ¡oh mi buen hermano!, podrías haberlo evitado. Todos sabíamos que esto sucedería, ¿pero cuándo? Ese era el único misterio.
(*Gertrudis guarda el bote de veneno.*)

CLAUDIO.- Pero esto es asesinato.

GERTRUDIS.- Sí. Es un asesinato.

CLAUDIO.- Le has visto perecer en mis brazos.

GERTRUDIS.- Terrible imagen donde las haya. El dolor ante la muerte de un hermano.

CLAUDIO.- Has entrado cuando expiraba.

GERTRUDIS.- Y ojalá hubiera entrado antes para encontrar al asesino de mi marido, pero no. El destino quiso que

esto fuera así. Cualquiera puede haber sido. Cualquiera pudo ser el asesino de un rey tan despiadado.

CLAUDIO.- No te entiendo.

GERTRUDIS.- Alguien ha tenido el valor de hacerlo. Dios me perdone, ojalá hubiera sido yo.

CLAUDIO.- Gertrudis, escúchame...

GERTRUDIS.- Tú has encontrado su cadáver. Tú debes dar la noticia a la corte. Tú les tranquilizarás.

CLAUDIO.- Harán preguntas.

GERTRUDIS.- Hallarás respuestas.

CLAUDIO.- No.

GERTRUDIS.- ¿Por qué no?

CLAUDIO.- No es justo. Sí, era un rey despiadado, pero el asesinato es un crimen, y en Elsinor se paga con la horca.

GERTRUDIS.- Y el que ha cometido el crimen lo ha hecho a sabiendas de su condición de criminal. Eso le honra sobre todas las personas.

CLAUDIO.- ¿Honrar a un criminal?

GERTRUDIS.- Hay quienes llaman libertador al que mata a un tirano.

CLAUDIO.- Gertrudis, estás ante el cadáver de tu rey, no piensas con claridad.

GERTRUDIS.- Claudio, no solo pienso con claridad, esperaba el momento de que esto sucediese. Temía que esto sucediese. Temía que cualquier bandido o medrador de la corte hiciese esto. Sí, estoy ante el cadáver de mi rey, y le lloraré como si lo amase. Elsinor honrará la muerte

de su rey, y nadie más llorará.

CLAUDIO.- Pero tú sabes que el asesino de Hamlet...

GERTRUDIS.- Yo sé que el rey Hamlet ha muerto envenenado.

Pudo haberlo hecho una víbora o un ángel caído del Cielo.

CLAUDIO.- Pues lávate tus manos de toda culpa y reina hasta que tu hijo pueda hacerlo.

GERTRUDIS.- No tengo por qué lavarme las manos de culpa, pues ninguna tengo. Tampoco puedo tomar el trono. Quien gobierne debe tener el apoyo del pueblo, y yo no lo tengo, tú lo sabes.

CLAUDIO.- El pueblo querrá a tu hijo. Tu hijo puede ser rey.

GERTRUDIS.- Sí, y será un gran rey. Pero aún es demasiado joven: necesita un modelo al que seguir, necesita un

maestro. Ahora es cuando tiene una oportunidad.

CLAUDIO.- Hamlet es joven, pero aprenderá.

GERTRUDIS.- Es demasiado joven, demasiado impulsivo. Necesita ver cómo se hacen las cosas. Tú nos lo recomendaste, tú mismo dijiste: «Enviad al joven Hamlet a Wittenberg, allí se instruirá con los mejores».

CLAUDIO.- Era una sugerencia.

GERTRUDIS.- ¿Me crees idiota, Claudio? Siempre te he escuchado, siempre he seguido tus consejos. ¿Acaso crees que no entendía el sentido de tus palabras? ¿Crees que enviaría a mi hijo tan lejos si no entendiese lo que me querías decir?

CLAUDIO.- Yo quería lo mejor para Hamlet.

GERTRUDIS.- Yo también. Sé por qué lo querías lejos.

CLAUDIO.- Si insinúas que yo...

GERTRUDIS.- No lo querías lejos de ti, lo querías lejos de ese cadáver al que llamaban rey, ese que quería mandarlo al campo de batalla para hacerlo un hombre. Mi hijo es un ser noble, y esa rata que no respira iba a corromperle con sus bravatas, sus malditas guerras y sus malas costumbres. Mi hijo puede ser un buen rey, mi hijo puede lograr lo que su padre no pudo: Respeto. ¿No estás de acuerdo?

CLAUDIO.- Lo estoy.

GERTRUDIS.- Mi hijo salió de aquí en el mejor momento. Es en la adolescencia cuando los hijos ven a sus padres como dioses; es la edad en la que los hombres lo ven todo borroso. Un acto cruel es un acto de valor, un acto idiota es un acto varonil, una bofetada a una mujer es una muestra de honor. Gracias a ti, Claudio, Hamlet se ha instruido en la paz, y no en el odio; en el amor,

y no en el poder; en la inteligencia, y no en lo salvaje. Por culpa de mi padre fui la esposa de un tirano. Ya he cumplido suficiente penitencia, no quiero ser la madre de otro. Tú, Claudio, salvaste una vez a mi hijo. Vuelve a hacerlo.

CLAUDIO.- No termino de entender lo que me propones.

GERTRUDIS.- Despósame, Claudio. Puedo soportar que me recuerden como una reina promiscua, pero quiero que me recuerden como una buena reina.

CLAUDIO.- ¿Casarme con mi cuñada? Gertrudis, ¿no son bastantes fechorías las que un hombre ha cometido el día de hoy?

GERTRUDIS.- Claudio, los actos heroicos no son fechorías. A los héroes no se les debe pedir más de un sacrificio en su vida, pero entiende esto: si no me desposas, nos conviertes a todos en un reino frágil, fácil de atacar.

¿Cuánto tardará Noruega en invadirnos? Si te vas, no habrá reino que pueda heredar Hamlet

CLAUDIO.- Debieran colgarme, no coronarme.

GERTRUDIS.- Debieran, pues, colgarnos a todos, ya que todos deseamos lo que ha sucedido.

CLAUDIO.- No te amo.

GERTRUDIS.- ¿Quién habla de amor? Nunca supe lo que era. No quiero que seas mi amante, solo mi esposo y rey. Haznos fuertes, danos tus sabios consejos, danos tu valor, tu gobierno. No te casas conmigo, te casas con Dinamarca.

CLAUDIO.- Dinamarca bien vale una misa.

SOLILOQUIO DE CLAUDIO

en el que Claudio confiesa el motivo

CLAUDIO nos habla desde la función que ha comprado, desde el misterio del teatro.

CLAUDIO.- Yo, Claudio, sacrificué al rey Hamlet. Yo le sesgué la vida, yo tomé su corona, yo desposé a su mujer. Yo fui culpable, y yo soy inocente de todo ello. ¿Lo veis? ¿Lo habéis visto bien? Puede que no os convenza, pero ahora, pasado tanto tiempo, al menos tengo el derecho de revelarme a la mentira, de mostrar mi verdad.

No soy un asesino, e insisto, en que no lo asesiné, lo sacrificué, y digo bien. Lo maté como un cobarde, y me comporté como un valiente, y digo bien. Maté a un mal estadista queriendo estabilizar el reino. ¿Quién más se iba a atrever? Era absolutamente necesario ¿Quién

más estaba dispuesto? Solo yo. Pude haber enviado a un asesino, contratado a un soldado o a un imbécil, pero ¿sería lo mismo? No lo creo. El acto del asesinato se glorifica cuando el asesino está dispuesto a morir por un ideal justo, así lo dijo Gertrudis.

Hasta hoy pensabais que todo fue un crimen pasional, que Gertrudis me volvía loco, y loco de celos maté a mi hermano, pero no. El único motivo por el que soy un villano es porque vosotros juzgáis la verdad que os han contado; nunca habéis querido indagar más allá.

Es fácil culparme ahora de todo, es fácil restregar el fango de la responsabilidad por mi cara, y, si volviera a nacer, volvería a hacerlo, pues, aunque el rey Hamlet no merecía ese final, no podía tener otro. No se puede obrar justamente con quien ha sido injusto.

No nos engañemos, igual que ahora, entonces, todos éramos un número, una cantidad de dinero que ganaba el reino. Llamadlo como queráis, pero siempre es lo mismo, no cambia. Entonces se creía que el rey era un destino marcado por un ser divino. Entonces, como

ahora, nuestra plácida vida de regente pende del fino hilo de la seguridad. ¡No somos dioses, pero tenemos que tener su temple!

¿Podéis vosotros hablar del mismo modo de vuestros errores?

Mi error siguió a mi virtud. Quise morir haciendo lo que creía y empecé a mentir para ser rey de Dinamarca. Esa fue la mentira que me arrastró hasta aquí, pero vosotros podéis hoy ver la verdad que me debió glorificar.

ESCENA II

en la que Hamlet regresa a Elsinor

HAMLET entra apresurado en la corte y le escandaliza lo que ve.

HAMLET.- ¡Cielo Santo! ¿Qué locura es esta? Toda la corte está florida, como si de una gran celebración se tratase. De las torres, largos pendones; las ventanas adornadas de flores; en las calles, borrachos, bufones, cómicos. ¿Es esta forma de rendir homenaje a un rey? Un rey muerto y una corte embriagada ¿Qué tiempo nos queda hasta que Fortimbrás decida venir a por nosotros, débiles marionetas? Dejadme ver al rey, dejadme ver su cuerpo, que bese sus labios y tome su corona. El rey ha muerto, ¡viva el rey!

CLAUDIO, ahora rey, sale al encuentro de HAMLET y le ofrece un

abrazo.

CLAUDIO.- Hijo mío. Ha muerto Hamlet, padre y rey de Dinamarca, pero ni rey ni padre te faltan en esta corte.

HAMLET.- ¿Qué locura es esta? ¿Eres tú el rey?

CLAUDIO.- Y el marido de tu madre, hijo mío.

HAMLET.- ¿Es posible tal blasfemia?

CLAUDIO.- Política y amor, no siempre van de la mano.

HAMLET.- Habéis usurpado la corona, el trono y el lecho de mi padre.

CLAUDIO.- Ya estaban todos fríos cuando yo llegué.

HAMLET.- ¡Blasfemia!

CLAUDIO.- No veas en mis actos una conjura, más bien un favor. ¿No venías dispuesto a relevar al rey?

HAMLET.- ¡Yo soy su hijo!

CLAUDIO.- Y yo su hermano. Ibas a tardar semanas en llegar a la corte, ¿crees que se hubiera mantenido en pie sin un rey? Apenas estamos vivos habiéndolo tenido. Sus decisiones pudieron ser nuestro fin.

HAMLET.- Mi padre no era un mal rey.

CLAUDIO.- No, pero era un pendenciero de carácter irascible, y nos hubiera llevado a todos a la muerte sin pestañear, y tú bien lo sabes.

HAMLET.- Mi padre se enfrentó al rey Fortimbrás por honor, como un héroe.

CLAUDIO.- No discutamos, Hamlet. Son muchas las cosas

que tenemos que enderezar antes de mi marcha.

HAMLET.- ¿Tu marcha?

CLAUDIO.- Más bien tu coronación. En algo estamos de acuerdo: has de relevar a tu padre. Serás rey de Dinamarca.

HAMLET.- ¿Yo?, ¿el rey? ¿Y tú dónde irás?

CLAUDIO.- A pensar en mis pecados, lejos de la corte. No quiero que mi presencia estorbe en tus decisiones. Estas cartas son las que yo enviaría al rey Fortimbrás para pactar la paz. No hay muchas cesiones de carácter económico, pero hay que garantizar la estabilidad de nuestras relaciones. Están bien redactadas, a la espera del sello real. Con estos otros documentos podremos abrir fronteras al sur. Nuestros agricultores necesitan del agua que compartimos con otros pueblos, y te dejaré preparado también un tratado con los reinos del norte,

a fin de conseguir un buen trato en fronteras marítimas comunes, y un plan de defensa conjunta. Últimamente, muchos pesqueros están siendo atacados en alta mar.

HAMLET.- No puedo hacerme cargo de todo esto.

CLAUDIO.- Tonterías. Sí que puedes. Dejo a tu servicio a varios consejeros que te ayudarán a hacerlo.

HAMLET.- Un reino guiado por consejeros no es un buen reino.

CLAUDIO.- Lo harán hasta que estés preparado para tomar buenas decisiones. Creo en ti, Hamlet.

HAMLET.- Ojalá pudiera decir lo mismo.

CLAUDIO.- Tu madre también te apoyará, puedes contar con su sabiduría.

HAMLET.- ¿Mi madre? ¿Qué sabe mi madre de leyes? Hasta ahora solo ha demostrado valía en conspiraciones.

CLAUDIO.- No hay nada entre tu madre y yo. Había que hacerlo para allanarte el camino al trono. Ella misma ha elegido a tus nuevos consejeros.

CLAUDIO le facilita un documento donde están escritos sus nombres.

HAMLET.- ¿Polonio? (*Sigue leyendo.*) Tu nombre no está aquí.

CLAUDIO.- Ya te he dicho que me voy.

HAMLET.- Claudio, no creo ser injusto si digo que mucho de lo bueno que ha sucedido en este reino proviene de tus ideas, y no de los de este grupo de sanguijuelas.

CLAUDIO.- Y ahora se deberá a las tuyas. Ten valor.

HAMLET.- Quédate, por mi madre.

CLAUDIO.- No hay afecto entre nosotros.

HAMLET.- Quédate. Al menos hasta que me sienta preparado.

Uno no puede ser rey porque sí.

CLAUDIO.- Has de estar preparado ¿Y tus estudios? ¿Y lo que has aprendido?

HAMLET.- Sé lo que hay que hacer, pero no sé cómo hacerlo.

CLAUDIO.- No es lo que yo tenía pensado, pero puedo quedarme, si quieres; como tu consejero.

HAMLET.- Todos se burlarían de mí. Te han aceptado como su rey.

CLAUDIO.- A ti también te aceptarán. Toma las decisiones que te parezcan más justas, y todos te respetarán. Yo

respetaré tus decisiones. Lo juro. (*HAMLET corona a CLAUDIO.*) ¿Qué significa esto?

HAMLET.- Tomo mi primera decisión como rey. Mantén la corona hasta que te la pida.

CLAUDIO.- Así lo haré, hasta que me lo pidas. Estabilizaré el reino y te lo entregaré en bandeja de plata.

Se funden en un abrazo.

HAMLET.- Querría saber de la muerte de mi padre. ¿Sufrió?

CLAUDIO duda.

CLAUDIO.- No. Fue una muerte dulce. Supo que no viviría, que esa era su última aventura. Le alegró morir de esa forma, que su cuerpo quedara intacto para que sus deudos lo lloraran. Todo esto motivó que pidiéramos tu regreso con urgencia.

HAMLET.- ¿Y me habéis hecho venir al funeral de mi padre o a las bodas de mi madre?

CLAUDIO.- Hamlet, ¿por qué este cambio de actitud?

HAMLET.- La primavera, mi señor, hace que los jóvenes tengamos un ánimo cambiante. ¿Vengo a boda o a funeral?

CLAUDIO.- Llegas tarde a ambos. Puedes llorar a tu padre en la cripta, a tu madre la desposé hace tres días. Abdicaré cuando tú me lo pidas.

SOLILOQUIO DE CLAUDIO

en el que Claudio puede ver su primer error

CLAUDIO.- Algo ha pasado, lo vi en su cara. Tuve que mentirle ¿Y por qué mentirle? ¿Por qué? Tuve el valor de enfrentarme a la muerte segura. Tuve el valor de matar a sangre fría a mi hermano, tuve el valor de anunciar la muerte del Rey Hamlet al pueblo y de desposar inmediatamente a su reina ¿Por qué, una vez nadie puede contestarme la corona, miento a mi sobrino? No fue por miedo, fue por lógica. ¿Qué bien le hacía a Hamlet saber los pormenores de la muerte de su padre? ¿Le haría mejor rey? ¿Le haría plantearse todo? No. La verdad es útil, tiene un fin. Todo acto tiene un fin. Hay verdades que se convierten en torturas, en imágenes que asedian la cabeza y no permiten avanzar. Hamlet no necesitaba ese dolor, la verdad en este caso era inútil, pero su reacción es una señal.

ESCENA III

en la que Hamlet pregunta más sobre su padre

GERTRUDIS se cepilla la cabellera. Entra HAMLET en la habitación.

HAMLET.- ¿Puedo ayudarte, madre?

GERTRUDIS.- ¿Quieres cepillarme el cabello?

HAMLET.- Como tú hacías conmigo cuando era pequeño.

GERTRUDIS.- Echo de menos poder arrullarte en mis brazos, cuando eras tan pequeño, tan indefenso. (*HAMLET comienza a cepillarle el cabello.*) Me gustaba sentir que te protegía.

HAMLET.- ¿Y ahora que me hago adulto?

GERTRUDIS.- Ahora no eres el que eras.

HAMLET.- ¿Me parezco más a mi padre?

GERTRUDIS.- No, claro que no.

HAMLET.- Lo dices como si fuera una maldición.

GERTRUDIS.- Quiero un hijo delicado. Quiero un hijo que sepa tratar a las personas, que sepa tratar a las mujeres.

HAMLET.- ¿No era mi padre así?

GERTRUDIS.- Tú le conociste. No era así el rey Hamlet.

HAMLET.- ¿Y es mejor mi tío?

GERTRUDIS.- Tu tío es ahora tu padre.

HAMLET.- Pero no hay nada entre vosotros, todo es apariencia.

GERTRUDIS.- El amor no es lo único que une a las personas. Hamlet, quiero que veas en Claudio un padre para ti. Cualquier hombre puede engendrar en una mujer, ser padre es más que una noche de pasión. Tu padre es un buen hombre.

HAMLET.- Creo que anoche vi a mi padre.

GERTRUDIS.- ¿De qué hablas?

HAMLET.- En la torre, cerca de la guardia.

GERTRUDIS.- (*Un poco inquieta.*) Pasó muchas noches en vela allí. Eso te recordó la imagen del rey Hamlet.

HAMLET.- Creo que me habló.

GERTRUDIS.- No era el rey Hamlet muy hablador. Tu sueño te ha engañado.

HAMLET.- Creo que me dijo que se sentía traicionado.

GERTRUDIS.- El rey Hamlet se sentía traicionado a todas horas.

HAMLET.- Creo que me dijo que quería que le vengase.

GERTRUDIS.- Eso sí es digno del rey Hamlet.

HAMLET.- Creo que me dijo que confiaba en mí.

GERTRUDIS.- Sigue, por favor.

HAMLET.- Creo que me dijo que no confiaba en ti, madre.

GERTRUDIS.- ¿Y por qué pudo decir eso?

HAMLET.- Creo que dijo que tú habías formado parte del complot.

GERTRUDIS.- ¿Qué complot? Una víbora mató al rey Hamlet. Yo lo vi.

HAMLET.- ¿Viste morir a mi padre?

GERTRUDIS.- Vi como entregaba su corona a Claudio.

HAMLET.- Es extraño..., nunca vi a mi padre sin corona.

GERTRUDIS.- La muerte es una aventura extraña y provoca extraños actos. Lo que viste fue un sueño.

HAMLET.- Si fue un sueño, fue muy real.

GERTRUDIS.- Si fue real, fue muy falso.

HAMLET.- ¿Y quién me asegura que pasó con mi padre lo

que yo no he visto?

GERTRUDIS.- Tampoco has visto a Dios y sabes que existe.

HAMLET.- Pero creería más en Él si lo viera. ¿Usas a Claudio porque no amabas a mi padre?

GERTRUDIS.- Amaba a tu padre con toda mi alma y seguiré amándole hasta que nos volvamos a unir en la muerte.

HAMLET.- Entonces no debiste casarte con mi tío.

GERTRUDIS.- Estás ofendiendo a tu madre, Hamlet. Tu padre entregó el poder a Claudio y debiéramos aceptar su voluntad. Sabes que el trono de Elsinor es tuyo.

HAMLET.- Sí, y creo que se va acercando el momento de tomar posesión.

GERTRUDIS.- ¿Tan pronto?

HAMLET.- La pasión hace sentirme preparado.

GERTRUDIS.- ¿Qué pasión?

HAMLET.- Quiero ejecutar al asesino de mi padre. Buscaré en toda Dinamarca hasta encontrarle. Seré el rey que equilibró la balanza.

GERTRUDIS.- Lo hecho, hecho está. El rey Hamlet está enterrado, es parte del ayer; hay que pensar en el futuro.

HAMLET.- Hasta que no encuentre el equilibrio no existe futuro para nadie.

SOLILOQUIO DE CLAUDIO

en el que habla sobre el poder del presente y el poder latente

CLAUDIO.- *(Analiza un documento y después lo firma. A su trabajo le acompaña una copa de la que bebe.)* Parece sencillo. Para mí lo fue mientras mi hermano reinó. Yo proponía, no disponía. Teorizaba desde la lejanía lo que era el poder. Yo proponía todas las decisiones, pero él acarreaba con las consecuencias. Hasta el momento en que él faltó, yo no había fallado en mis consejos, pero ahora..., ahora yo llevo la corona. Ya no solo calculo, pienso y decido, ahora actúo. Exponerse es el mayor de los miedos. Es ese tipo de miedo que se te mete entre los huesos, que corre por la sangre y enfría el corazón. Es el miedo que pide el temple de los dioses, aunque sigamos siendo humanos. Ese miedo solo desaparece cuando ves que lo

haces mejor que el anterior, cuando tus decisiones son más correctas, cuando tus propósitos son más claros y tus metas más cercanas. El miedo desaparece cuando ves que tus éxitos son menos sangrientos y que el pueblo brinda por ti.

ESCENA IV

en la que la felicidad reina en Elsinor

GERTRUDIS y CLAUDIO se emborrachan en una habitación privada.

GERTRUDIS.- Cuéntamelo otra vez.

CLAUDIO.- No hay guerra. ¡No a las guerras! La guerra es para idiotas.

GERTRUDIS.- Para idiotas ricos. ¿Cómo has acabado con las trifurcas entre Noruega y Dinamarca?

CLAUDIO.- Busqué... los elementos comunes entre nuestros dos reinos.

GERTRUDIS.- ¿Y cuáles son?

CLAUDIO.- ¡El salmón y las cerezas!

GERTRUDIS.- ¡No te burles de mí! No me trates como a una tonta. ¡Cuéntamelo!

CLAUDIO.- El rey Hamlet era un militar, jefe de sus ejércitos. Yo un tecnócrata, dueño de sus finanzas.

GERTRUDIS.- Bien. Eso lo entiendo.

CLAUDIO.- El rey Fortimbrás era un tecnócrata, la parte militar siempre la llevó su hermano.

GERTRUDIS.- Pero eso no es un elemento común, es lo contrario.

CLAUDIO.- Depende del punto de vista. El rey Hamlet mató al rey Fortimbrás; el muerto no es un problema.

GERTRUDIS.- ¿El nuestro o el suyo?

CLAUDIO.- Ninguno de los dos. Los muertos nunca son un problema.

GERTRUDIS.- Pero el rey Hamlet declaró la guerra a Noruega.

CLAUDIO.- Sí, y el hijo del difunto rey Fortimbrás aceptó el reto.

GERTRUDIS.- Pero no va a haber guerra.

CLAUDIO.- Pero no va a haber guerra.

GERTRUDIS.- Sigo sin entenderlo.

CLAUDIO.- Ganar la guerra y gobernar son dos cosas muy diferentes. Si nos invaden, nos ganan. Si nos invaden, tendrán que hacer mucha, mucha, mucha política para que nuestros aliados acepten su nuevo régimen. Puede que en diez o doce años se hicieran con el poder completo de Dinamarca, pero se juegan entrar en guerra con

todos los que nos rodean, seríamos un reino difícil y tendrían que usar gran parte de sus milicias para poder controlarnos. Eso es un problema grave para ellos, ya les pasó a los romanos.

GERTRUDIS.- ¿Y todo eso lo entiende el príncipe Fortimbrás?

CLAUDIO.- No. Como la mayoría de los jóvenes, es imbécil, solo piensa en caballos, armaduras, espadas y en violar doncellas.

GERTRUDIS.- Me quedo más tranquila, yo no soy doncella.

CLAUDIO.- Le he ofrecido un armisticio, una paz duradera, una serie de beneficios para que pueda comerciar con nosotros, y he movido las fronteras marítimas.

GERTRUDIS.- ¿Y el príncipe Fortimbrás ha aceptado?

CLAUDIO.- No.

GERTRUDIS.- Definitivamente, no entiendo nada.

CLAUDIO.- ¿No te he dicho que el jefe de los ejércitos es el hermano del difunto rey Fortimbrás?, tío del joven príncipe; ese sí que ha aceptado.

GERTRUDIS.- ¡El hermano del rey tiene ahora su corona!

CLAUDIO.- ¡Dios tiene un sentido del humor espantoso! El nuevo rey ha llamado a filas a sus ejércitos. No solo ha aceptado lo que le he dicho, sino que, además, me ha pedido consejo de cómo gobernar su reino; económicamente hablando, claro.

GERTRUDIS.- ¿Y el príncipe?

CLAUDIO.- El príncipe Fortimbrás y su caballo han ido... ¡Yo que sé! ¡Me da igual! ¡Qué se casen si quieren! ¡No tiene ejército!

GERTRUDIS.- No me lo puedo creer...

CLAUDIO.- ¿Soy un buen rey?

GERTRUDIS.- Sí, mi señor.

CLAUDIO.- Quiero oírlo de nuevo.

GERTRUDIS.- Eres el mejor rey.

CLAUDIO.- Querías ser recordada como una buena reina.

Bien. Ya puedes morir tranquila, porque seremos recordados como los reyes conciliadores.

GERTRUDIS.- Hay una sola cosa en la que estás fallando, mi rey.

CLAUDIO.- ¿Tiene que ver con Noruega?

GERTRUDIS.- No. Es un asunto de legislación interna. Según

nuestras leyes (*Besa con pasión a CLAUDIO.*) solo el rey tiene derecho a yacer con la reina.

CLAUDIO.- No tienes por qué hacer esto.

GERTRUDIS.- (*Vuelve a besar a CLAUDIO.*) Estoy deseando hacer esto.

CLAUDIO.- Estoy borracho.

GERTRUDIS.- Aún eres joven, puedes seguir siendo un hombre en la cama.

CLAUDIO.- No sé si es lo adecuado.

GERTRUDIS.- Puedo llamar a una cortesana para que haga lo que yo quiero hacer, pero te aseguro que perderías mucho entusiasmo en el acto.

CLAUDIO.- ¿Y si me niego?

GERTRUDIS.- Tú eres mi rey, pero temo que esta noche tendrás que llamar a la guardia.

SOLILOQUIO DE YORICK

escena censora en la que se evita el sexo explícito

Entra YORICK rompiendo el clímax de la escena, y se dirige al público directamente

YORICK.- Ilustrísimas señoras, gentiles señoras, la compañía ha decidido, por mayoría simple, eliminar esta escena de la obra. Una escena llena de obscenidad, gritos lascivos y húmedos gemidos, pero tranquilidad en la sala. Gracias a la inteligente intervención de Yorick, puedo deleitaros con una de las partes más significativas de la situación

(Saca un muelle, y hace el sonido incesante de la cama.) Esto, que no lleva los efectos de sonido del directo, se escuchó por los pasillos, se corrió por las ventanas, se desplazó hasta las plazas, se comentó de oído a oído, de oreja a oreja, entre viejos, entre pescaderas, entre panaderos, entre los guardias y hasta a los más oscuros recovecos llegaron los reales gemidos, tan gemidos como reales, que aunque no se permita en los Jueves, los reyes, también follan.

ESCENA V
en la que los reyes de Dinamarca dan
audiencia a su hijo

HAMLET espera la llegada de los reyes, agrio.

CLAUDIO.- Aquí nos tienes, tal como pediste. ¿Qué es lo que te perturba, hijo?

HAMLET.- Esto no es lo que pactaste.

CLAUDIO.- No sé a qué te refieres.

HAMLET.- De sobra sabes a qué me refiero. Te estás beneficiando a mi madre.

GERTRUDIS.- ¡Hamlet!

CLAUDIO.- ¿Cómo?

HAMLET.- Se sabe en todo el palacio.

GERTRUDIS.- ¡Calla tu boca!

HAMLET.- No, cállala tú, desvergonzada, ruin, traidora.

CLAUDIO.- ¿Has pedido audiencia solo para insultarnos?

HAMLET.- Tal es el respeto que os tengo, que pido audiencia para ello. Prometiste amar a mi padre hasta tu muerte.

GERTRUDIS.- Las cosas, hijo, no son siempre como uno las planea. Mi corazón acusaba un vacío.

HAMLET.- ¿Tu corazón o tu entrepierna?

GERTRUDIS.- Mi corazón. He acabado amando a Claudio y él me corresponde. Somos felices. ¿No quieres ver a tu

madre feliz? ¿Tú no tienes corazón?

HAMLET.- Mi corazón salvaguarda el recuerdo de mi padre.

¿Qué hay del tuyo, ramera?

CLAUDIO.- Si realmente quieres llegar a sujetar esta corona, habrás de aprender a controlar tu ira. No todas las promesas pueden ser cumplidas.

HAMLET.- ¿Lo decís por experiencia, mi señor? De momento diría que sí.

CLAUDIO.- Prometí finalizar nuestros problemas con Noruega, y eso es lo que he hecho. Prometí que te entregaría un reino afianzado, y lo he hecho. Prometí que me quedaría aquí para apoyar a tu madre, y lo he hecho. Pacté contigo que lograría esto, y lo he logrado. ¿De qué me acusas?

HAMLET.- Mi padre lo hubiera logrado de otro modo.

CLAUDIO.- ¿Cómo? ¿Matándonos a todos? Ese era el sueño de tu padre, el sueño de los muertos.

HAMLET.- Y muerto está.

CLAUDIO.- Y bendito el que lo mató.

HAMLET.- Una serpiente.

CLAUDIO.- (*Se da cuenta de su error.*) Sí, una serpiente.

HAMLET.- Porque fue una serpiente, ¿verdad?

GERTRUDIS.- Te estás volviendo loco, hijo mío.

HAMLET.- ¡Me estáis volviendo loco, madre!

CLAUDIO.- Ojalá fueras un loco. De ese modo no tendría que andar justificando tus actos.

HAMLET.- Pues siendo el monarca, tu voluntad es ley.

GERTRUDIS.- Lo que tu padre quiere decir...

HAMLET.- Algo más que familia y menos que amigos.

GERTRUDIS.- Lo que el rey Claudio quiere decir es que tienes
que sosegarte.

HAMLET.- Lo dice porque él es el rey.

CLAUDIO.- ¿Quieres la corona? ¡Tuya es!

GERTRUDIS.- ¡No!

HAMLET.- ¿No?

GERTRUDIS.- No. Hemos estado hablando sobre el tema
y creemos que aún tienes que esperar un poco para
gobernar.

HAMLET.- ¿Tengo que esperar? ¿Y a qué habré de esperar, madre? ¿A que una nueva plaga de serpientes, que en estos parajes nunca han existido, aceche al rey en su siesta?

CLAUDIO.- Esto es intolerable. Déjame entregarle la corona, Gertrudis, que sienta el peso de la responsabilidad.

GERTRUDIS.- Es joven, Claudio, está confundido. Aún necesita consejo, necesita conocer la vida. Necesita de alguien a su lado que le ayude a equilibrarse.

HAMLET.- Puede que necesite el lecho de una mujer.

GERTRUDIS.- Sí, eso es. Necesitas una mujer.

HAMLET.- Claudio, si tienes ocupaciones que atender esta noche, podrías prestarme tu reina. Se dice que es muy fogosa.

GERTRUDIS.- ¡Hamlet!

CLAUDIO.- ¿Por qué hablas así de tu madre? Tu madre no es una mujer cualquiera. Es alguien especial, inteligente, capaz, que solo desea lo mejor para ti.

HAMLET.- Oh, mi juventud y confusión, mi falta de entendimiento. ¿Y qué es lo mejor para mí? Me ofreció un lecho y entendí que era el suyo. ¿Hay doncella disponible para este pobre príncipe?

GERTRUDIS.- ¿Qué hay de Ofelia? Claudio, Ofelia es una buena chica. (*Busca complicidad.*)

CLAUDIO.- Sí, claro, Ofelia. La estuviste cortejando un tiempo. ¿Por qué no?

HAMLET.- Porque no pertenece a la realeza.

CLAUDIO.- Si tú la deseas, sí.

HAMLET.- No debemos mezclarnos con el vulgo.

GERTRUDIS.- Olvida las clases, deja que te lleve el corazón.

HAMLET.- No quiero a Polonio de consejero, ¿y he de tenerlo por suegro?

CLAUDIO.- Olvida a Polonio. Ofelia es de buena familia, instruida, buena muchacha.

HAMLET.- Es curioso.

CLAUDIO.- ¿El qué?

HAMLET.- Este reino. Antes famoso porque solucionaba todo con guerras y vino, ahora, por lo visto, todo se soluciona con vino y fornicación.

GERTRUDIS.- Acusas a tu madre por lo que tú consideras sus defectos y olvidas lo que todos ven como méritos.

HAMLET.- El mérito del animal en celo.

CLAUDIO.- ¿Por qué te molesta que tu madre sea feliz? ¿Por qué no dejas de enfrentarte a los demonios? Tu pueblo prospera, tu madre sonrío, tu reino crece. Piensa un poco en ti, piensa en tu trono.

HAMLET.- Me encantaría, pero de momento tú ocupas ese lugar.

CLAUDIO.- ¿Ves llorar a tu madre? Eres el único motivo por el que llora.

HAMLET.- Porque me odia.

CLAUDIO.- Porque te ama. Odia verte sombrío y triste, odia verte deambular buscando infiernos inexistentes. Ella no quiere que hagas eso, ella quiere verte joven, verte feliz.

HAMLET.- Seré feliz con mi corona.

CLAUDIO.- Prometí entregarte la corona de tu padre cuando estuvieses preparado; haz méritos para demostrarlo.

HAMLET.- Maldita mi vida, me juzga Dios, me juzga el rey..., no sé si tendré méritos para agradar a todos. ¡Soy un pobre penitente!

CLAUDIO.- (*HAMLET se retira.*) Piensa que solo te pedimos que seas feliz.

HAMLET.- (*Desde la lejanía.*) Estudiaré a las hienas.

CLAUDIO.- ¿Qué quieres decir?

HAMLET.- Que la felicidad es una locura y de ella voy a emborracharme. ¡Sonreiré como un idiota!

HAMLET se va mimando tragedia.

GERTRUDIS (*A CLAUDIO*):- Gracias por tus palabras hacia mí.

CLAUDIO.- Es lo que siento, pero ojalá todo fuera más sencillo.

GERTRUDIS.- Ten fe. Es un buen chico. Llegará el momento en que pueda ser un buen rey.

CLAUDIO.- Más nos vale. A todos.

ESTÁSIMO DE HAMLET

en el que hace alegato de su locura

HAMLET piensa en alto en una habitación.

HAMLET.- Y quieren que haga lo sencillo, lo fácil. Que me case, que viva en la corte, que reine y engorde como un sapo, que sea feliz y olvide. Ellos dicen que lo fácil es olvidar. Claudio me da un reino maravilloso, un pueblo que ama al rey, una dama envidiable, una vida próspera y segura. Claudio ha demostrado ser mil veces mejor rey de lo que lo fue mi padre. Es de idiotas no querer esa vida que me ofrece. De idiotas o de locos. Me tratan como a un niño pequeño, como a un inválido, un mutilado de la vida. Sin habérmela ganado, me quieren regalar la felicidad ¿Y cuál es el precio? Olvidar. Ignorar la muerte de mi padre, obviar la traición de mi madre, abnegar de

la verdad absoluta. Ese es el precio. Una baratija. Lo sería si yo fuera una estatua de sal, si no sintiera; pero soy hombre y los hombres sentimos. Si nos pinchan, ¿no sangramos? Si nos hacen cosquillas, ¿no reímos? Si nos envenenan, ¿es que acaso no morimos? Y si nos piden que ignoremos, ¿no buscaremos venganza?

DIÁLOGO ENTRE CLAUDIO Y YORICK en la puesta en escena

YORICK trata de buscarle las cosquillas a Claudio.

YORICK.- Y si Dios no lo evita, esto termina en tragedia.

CLAUDIO.- No creo en Dios. Yo no soy supersticioso. Dios es la excusa de los malvados para cometer sus fechorías.

Es la mano del hombre la que obra todo lo bueno y lo malo. Si bien fue la ley de Dios la que colocó a mi hermano como rey, fue mi brazo la que lo derrocó. Si hay Dios, mi brazo es más fuerte. Si estoy equivocado, yo solo soy una marioneta para un destino diferente. Odio esta religión que solo deja comprobar nuestros errores después de muertos. Dios, si estás ahí, mándame una señal.

YORICK.- «Cuando las plegarias reciben respuestas, dejan de ser plegarias, para ser correspondencia.»

CLAUDIO.- Podrían quemarte por una afirmación así.

YORICK.- No es mía, es de un irlandés invertido. Tengo más, si queréis entreteneros.

CLAUDIO.- No entendemos las mismas cosas por entretenimiento.

YORICK.- Yo me refería a más frases, no a más invertidos.

CLAUDIO.- No busco entretenimiento, busco la verdad.

YORICK.- Oh, fantástico, majestad. Soy un excelente perro rastreador.

CLAUDIO.- ¿Y qué puede encontrar un bufón muerto?

YORICK.- ¿Volvéis a acusarme de muerto? Es un insulto tan evidente.

CLAUDIO.- Ni siquiera eres un fantasma, eres un recuerdo muerto.

YORICK.- Quizá sea vuestra conciencia.

CLAUDIO.- Mi conciencia está limpia.

YORICK.- Gracias, ayer mismo me despiojé.

CLAUDIO.- Di algo útil, por una vez.

YORICK.- Soy hombre de pocas letras. Las que leí en una lápida: «donde te ves, me vi, donde me ves, te verás.»

CLAUDIO.- ¿Y qué es eso?

YORICK.- Un epitafio.

CLAUDIO.- No necesito epitafio.

YORICK.- No hace falta epitafio para saber uno que está muerto.

CLAUDIO.- ¿Y eso es la verdad, bufón? ¿Recordarme mi mortalidad?

YORICK.- No hay mayor verdad, mi señor; uno duda de los actos importantes de su vida, cuando no sabe lo que va a pasar tras su muerte.

CLAUDIO.- De lo que pasará tras mi muerte nada me habría de importar.

YORICK.- Sí, lo sé, lo de «el muerto al hoyo y el vivo...», pero recordad que estuvisteis dispuesto a morir por el futuro.

CLAUDIO.- Las cosas han cambiado. Entonces creía firmemente en todas mis decisiones.

YORICK.- ¿Y cuáles fueron vuestras dudas?

CLAUDIO.- Las mismas que tengo ahora: saber si debí seguir los designios de Dios o las decisiones del hombre. ¿Puedes responder tú a eso?

YORICK.- Pues sí. Sabed, que incluso cuando Dios cierra los ojos, el hombre obra.

CLAUDIO.- ¿Todos los hombres?

YORICK.- Sí, incluso los idiotas fratricidas.

CLAUDIO.- Cómo os gusta a los cómicos morder la mano que os da de comer.

YORICK.- Solo cuando no nos gusta la comida, mi señor.

CLAUDIO.- No tienes miedo de decir la verdad.

YORICK.- No. ¿Vos lo tenéis?

CLAUDIO.- Por no haber sabido entonces cuándo decir la verdad, ahora tengo miedo de conocerla.

YORICK.- ¿Puedo hacer algo más por vos, mi señor?

CLAUDIO.- Quisiera saber cómo veía el pueblo al rey Hamlet.

YORICK.- El análisis político no es lo mío. Yo tengo corazón y vergüenza.

CLAUDIO.- Tú le conociste. Cuéntame cómo era el Rey Hamlet.

YORICK.- Siguió los mismos caminos que vos, mi majestad.

CLAUDIO.- Mi hermano y yo éramos muy diferentes.

YORICK.- Pero no los caminos. Salió del mismo útero que vos, mi señor.

CLAUDIO.- Quiero saber cómo era para el resto de vosotros. Tú eras un gran imitador. Muéstrame una imagen del Rey.

YORICK.- «Sean varones los que traigas al mundo, porque tu metal duro debería servir solo para forjar machos.»
«Lloramos al nacer porque venimos a este inmenso escenario de dementes.» «Mi reino por un caballo.»
«Me he equivocado, no volverá a ocurrir.»

CLAUDIO.- No es lo que esperaba.

YORICK.- He imitado a cuatro buenos reyes, majestad:
espadas, oros, bastos y copas. Y en ese orden.

CLAUDIO.- Muéstrame solo la imagen del rey Hamlet.

YORICK hace diversos aspavientos como preparándose para una gran función. Finalmente saca un espejo y lo pone frente a CLAUDIO.

CLAUDIO.- ¿Qué es esto, bufón?

YORICK.- Lo que vos me pedisteis, la imagen de un asesino.

CLAUDIO.- Yo no soy un asesino.

YORICK.- Nadie lo es y, sin embargo, vos lo habéis sido.

CLAUDIO.- Yo no quería matarle, lo he hecho por los demás.

YORICK.- Vos no queríais y, sin embargo, vos lo habéis hecho.

CLAUDIO.- Todos deseaban matarle.

YORICK.- Todos lo deseaban y, sin embargo, vos lo habéis matado.

CLAUDIO.- Sigue hablándome así y, por Dios, que te atravieso con mi espada.

YORICK.- Majestad, ese es el peor farol que haya oído; amenazar de muerte a un muerto. ¿Qué podéis hacer? ¿Buscar una pala y hacer un monólogo freudiano ante mi calavera? No seríais el primero.

CLAUDIO.- ¡Intentas amargarme la noche!

YORICK.- No, mi señor, intento haceros feliz.

CLAUDIO.- ¡Ya soy feliz!

YORICK.- ¿Y es vuestra felicidad la que os impide sonreír?

CLAUDIO.- Yorick, déjame solo.

YORICK.- Es como siempre habéis estado, mi señor.

CLAUDIO queda solo, en silencio. Piensa, respira, se mira en el espejo. Llora.

SOLILOQUIO DE GERTRUDIS

en el que justifica ante un espejo sus horrores

GERTRUDIS.- Soy la Reina. Soy la reina Gertrudis y, ahora, después de mucho tiempo, puedo decirlo bien alto. No soy una reina cualquiera, no soy una déspota que impone su voluntad, solo soy la reina de Dinamarca. Somos unos reyes sencillos, los reyes del pueblo. Me gusta mi posición. Todos saben que no me he casado por amor, aunque el roce hace el cariño. Todos saben que nuestro matrimonio es una mentira para mantener esta monarquía, para mantener unidos a todos. El rey hace su vida, me da igual que tenga amantes o que no, no quiero saberlo; no me importa si se va de cacería a batir unas bestias o si se pasa el día encerrado en su habitación. Es el rey, y punto. Quiero que reine mi hijo.

Tiene la edad. Mantiene relaciones con una mujer que no es de la realeza, pero es una buena chica; Ofelia, se llama. Se ha dejado ver por la corte y por el pueblo, la gente la conoce. El día que anunciemos su relación, el pueblo podrá decir: «Sí, sé quién es, la he visto a diario.» Soy la reina y tengo miedo. Mi marido se está comportando de un modo más inquieto, más nervioso, y eso llama la atención, y empiezo a dudar de si el pueblo aceptaría el cambio de regencia. Este pueblo mío no es monárquico, es claudiano. No estoy segura de si el pueblo querría ver a Hamlet y a una muchacha que no tiene sangre azul reinando. No nos vamos a engañar. Es, al fin y al cabo, un pequeño problema. Y puestos a no engañarnos, me gusta ser reina. Aunque por ley, Hamlet debe reinar.

ESCENA VI

en la que la locura de Hamlet se hace visible

CLAUDIO lee. Entra en la sala HAMLET, disfrazado de fantasma de su padre.

HAMLET.- Claudio. Tú has traicionado mi memoria.

CLAUDIO.- ¿Hamlet?

HAMLET.- Yo soy el alma de tu hermano, destinada por cierto tiempo a vagar de noche y aprisionada en fuego durante el día, hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo.

CLAUDIO.- ¿Qué haces así vestido?

HAMLET.- Me aparezco ante ti como acudía al campo de batalla. Es el vestuario que he elegido ahora que he pasado al otro lado.

CLAUDIO.- Hamlet, quítate eso.

HAMLET.- No puedo. Es un pacto que tengo con Dios mientras permanezco en el limbo. Es la purga que he de pagar, vagando por tierras desconocidas con el peso de mi armadura auestas.

CLAUDIO.- No te llamo «hermano Hamlet», te llamo «sobrino Hamlet». Llevas la armadura de tu padre, pero esa espada es mía. *(Se la quita y la lustra.)*

HAMLET.- ¿No te lo has creído ni por un momento?

CLAUDIO.- Yo no creo en fantasmas.

HAMLET.- Pues serás el único.

CLAUDIO.- ¿Has hecho esto antes?

HAMLET.- Bueno, de día no...

CLAUDIO.- ¡Estás loco! ¿Qué pretendes?

HAMLET.- No lo sé. ¿Qué pretenden los locos?

CLAUDIO.- Los que son como tú, no tengo ni idea. Deberías estar preparándote para ser rey, no para ser un actor mediocre.

HAMLET.- No conocía demasiado bien la diferencia entre una cosa y la otra.

CLAUDIO.- Pues la hay.

HAMLET.- ¿Puedo disfrazarme de mujer?

CLAUDIO.- ¡No!

HAMLET.- ¿Aunque no diga que soy la reina?

CLAUDIO.- Hamlet, compórtate como un verdadero príncipe.

HAMLET.- ¿Y pastelero? ¿Puedo ser pastelero?

CLAUDIO.- Hamlet, por favor, recobra el sentido común.

HAMLET.- Ya lo tengo. Seré carpintero, como Cristo.

CLAUDIO.- Escúchame, Hamlet, hijo mío. No quiero que nadie, absolutamente nadie, te vea así. Eres el hazmerreír de esta corte, no puedo ni plantearme el coronarte si no empiezas a pensar como la persona para la que estás destinado ser.

HAMLET.- ¿Cuál es mi destino?

CLAUDIO.- Bien lo sabes.

HAMLET.- Quiero escucharlo de tu voz.

CLAUDIO.- Tu destino es ser rey.

HAMLET.- ¿Como mi padre?

CLAUDIO.- Como tu padre.

HAMLET.- ¿De qué me acusas entonces? Iba bien encaminado.

(Pone voz:) Claudio, tú has traicionado mi memoria.

CLAUDIO.- Rey Hamlet, quiero hacerte una pregunta.

HAMLET.- Habla, Claudio, hermano.

CLAUDIO.- ¿Por qué, grandísimo rey, cuando fue el momento adecuado, no diste dos azotes a tu hijo?

ESCENA VII
en la que Claudio comienza a cansarse
de Hamlet

En una habitación privada.

CLAUDIO.- ¿Por qué no le disteis unos azotes a vuestro hijo?

GERTRUDIS.- Se comporta como cualquier adolescente.

CLAUDIO.- Hace tiempo ya que dejó la adolescencia.

GERTRUDIS.- Cada persona tiene su tiempo.

CLAUDIO.- Y tú le defiendes.

GERTRUDIS.- No le defiendo.

CLAUDIO.- Pues le haces honores.

GERTRUDIS.- Lo que hace está mal, pero no está loco.

CLAUDIO.- ¿Y cómo le dices tú a eso?

GERTRUDIS.- Llamar la atención. Está inseguro, no sabe cuál es su lugar.

CLAUDIO.- Su lugar es la corte.

GERTRUDIS.- Bien sabes de lo que te hablo.

CLAUDIO.- ¡Pues que espabile!

GERTRUDIS.- Solo busca sacarte de quicio.

CLAUDIO.- Lo hace estupendamente.

GERTRUDIS.- Claudio, tú eres el adulto. Demuéstrale que no

entras en su juego.

CLAUDIO.- Gertrudis, se pasea por ahí disfrazado con la armadura de su padre.

GERTRUDIS.- Nadie le ha visto.

CLAUDIO.- Sí que le han visto. Tengo dos guardias rezando ante el altar de la iglesia. ¿Hasta cuándo hemos de aguantar esto?

GERTRUDIS.- ¿Y si damos un paso adelante?

CLAUDIO.- Gertrudis, no dejes en mis manos tomar una decisión sobre esto.

GERTRUDIS.- Ha llegado a mis oídos que Ofelia está embarazada.

CLAUDIO.- No entiendo qué tiene que ver con lo que estamos

hablando.

GERTRUDIS.- Casa a Hamlet con Ofelia, hazla reina.

CLAUDIO.- ¿Hacer rey a Hamlet?

GERTRUDIS.- Hacer reina a Ofelia.

CLAUDIO.- ¿Dar poder a un loco?

GERTRUDIS.- No, dar poder a tu hijo.

CLAUDIO.- No es mi hijo, es el tuyo. No lo olvides.

GERTRUDIS.- Y tú no olvides que, a diferencia del resto de los padres de este mundo, has podido elegir hijo. Y no está loco, está confundido.

CLAUDIO.- No, él no está confundido, está loco. Yo estoy confundido, que no llego a comprenderos a ninguno.

GERTRUDIS.- Claudio, mi amor, Hamlet ha cometido una estupidez, lo sabemos.

CLAUDIO.- Nosotros y toda la corte.

GERTRUDIS.- Se lo reprimió y me pidió perdón. Y me dijo que te pidiera perdón a ti. Está arrepentido. ¿Es que eso no es suficiente?, ¿no tiene valor para ti?

CLAUDIO.- ¿Hamlet ha pedido perdón?

GERTRUDIS.- Ha pedido perdón; y no solo eso. Escucha, han llegado unos cómicos a Elsinor. Hamlet ha corrido hasta ellos para pedir una comedia en nuestro honor. Sé que se ha comportado de un modo extraño hasta ahora, pero este puede ser su gesto para demostrarnos que va a cambiar.

CLAUDIO.- Lo que faltaba, ahora se codea con cómicos.

GERTRUDIS.- Será divertido.

CLAUDIO.- Quiero dar un paseo.

GERTRUDIS.- Piénsalo Rectificar es humano, perdonar es divino.

CLAUDIO.- No creo en Dios.

ESCENA VIII
en la que Claudio hace claudicar a
Ofelia

CLAUDIO pasea. Encuentra a OFELIA en el jardín.

CLAUDIO.- ¿Ofelia? ¿Qué haces aquí?

OFELIA.- Mi señor. Yo ya me retiraba.

CLAUDIO.- No, espera. Era contigo con quien quería hablar,
antes ahijada, y pronto hija nuestra.

OFELIA.- ¿Mi señor?

CLAUDIO.- No te sorprendas. Prometo no decírselo a nadie,
y tú también has de guardar el secreto.

OFELIA.- Disculpad, señor, no sé a qué os referís.

CLAUDIO.- Al hijo que llevas en el vientre, querida.

OFELIA.- ¿Vos lo sabéis?

CLAUDIO.- Y lo apruebo. Tal vez no haya sido de la mejor de las formas, pero probablemente sí que sea en el mejor de los momentos.

OFELIA.- No sé por qué lo decís, señor.

CLAUDIO.- Porque eres una buena doncella.

OFELIA.- ¿En qué lo notáis?

CLAUDIO.- Bueno, eres de alta cuna, has sido arropada siempre por nuestra ayuda y tutela y, sin duda alguna, tienes una exquisita educación. ¿Qué más pudiéramos pedir para nuestro hijo?

OFELIA.- ¿Para vuestro hijo? ¿Qué tal algo de cordura?

CLAUDIO.- Sin duda en este último tiempo no se ha comportado correctamente, pero entre todos haremos que eso cambie. Al fin y al cabo, es hijo mío.

OFELIA.- ¿Habláis de vuestro sobrino, mi señor?

CLAUDIO.- De hace un tiempo a aquí, hijo nuestro.

OFELIA.- No termino de entender en qué os sirvo, mi señor.

CLAUDIO.- ¿Servirme? En nada. Pretendo que os caséis y que reinéis sobre nosotros. ¿Qué te pasa? ¿Te disgusta mi propuesta? Habla.

OFELIA.- Disculpad, señor; cumpliré con mi labor, si eso os hace feliz, y lamento hablaros tan escuetamente, pero la franqueza me haría decir cosas que pudieran costarme muy caras.

CLAUDIO.- Ofelia, soy un hombre justo, ¿qué te hace pensar que me hará enojar tu opinión?

OFELIA.- Que discute con la vuestra, mi señor.

CLAUDIO.- Habla claro, hija; habla tranquila.

OFELIA.- Si a vos no os molesta, molestará a vuestro hijo.

CLAUDIO.- Mi sobrino hasta hace poco. Habla ya y no te preocupes de protocolos. ¿No quieres ser reina?

OFELIA.- ¿Yo? ¿Reina? ¿De dónde? Siempre quise huir de esta corte. ¡Todos están locos! Un rey sangriento, una reina que ignora a su pueblo, un príncipe perverso... esta corte ha sido siempre la antesala del infierno.

CLAUDIO.- ¿Y por qué sigues aquí?

OFELIA.- Por vos. Fue un trágico acontecimiento el que os

trajo. Un trágico acontecimiento que en todas las casas se celebró con el mejor de los vinos. ¡Mi padre se emborrachó! Vos nos habéis traído, señor, la paz, vos nos habéis librado de una guerra que a la mayoría hubiera dejado viudas, vos habéis estabilizado la corte, habéis atado a la reina, habéis domado al hijo, habéis hecho nuevas cosas sobre Dinamarca, habéis unificado todo el reino, por eso sigo aquí. Por mi fe en vos. Vos sois el Dios de muchos más de lo que creéis. Y vos, que insuflasteis la esperanza en mi corazón, ahora, a cambio, me lo partís diciendo que abdicaréis en ese hombre, si hombre se le puede llamar.

CLAUDIO.- Estaba seguro de que teníais un romance. ¿No hay amor?

OFELIA.- ¿Amor? ¿Puede la perdiz amar al perro que la apresa? ¿Puede el ajusticiado amar al verdugo? Teníamos un romance, mi señor. Me persiguió, me aduló y me cortejó.

CLAUDIO.- ¿Qué hay de malo en ello? Es la labor de un buen galán.

OFELIA.- No fue vuestro sobrino, mi señor, quien hizo todo eso. Fue la reina. Me convenció para que estuviera con Hamlet. Hamlet me desfloró, me dejó en estado y ahora quiere confinarme en un convento.

CLAUDIO.- ¿Es eso cierto?

OFELIA.- Lo es. Según dice la reina, lo hizo sin intención; la reina dice que el dolor por la muerte de su padre es lo que le llevó a perder la cabeza. Si tan bueno es el hijo para la reina, que se case con él.

CLAUDIO.- Pero todos creen que te ama.

OFELIA.- Así lo dice la reina. Así se lo dijo a su hijo. Así os lo ha dicho a vos. Hamlet cree que le amo. Nunca dejó de escribir cartas a las que no respondí, pero sabed

que cierta dama de esta corte, redactó unas líneas que me obligó entregar en persona a Hamlet. No sé de su contenido, sé de sus consecuencias.

CLAUDIO.- Hablaré con la reina.

OFELIA.- No, mi señor, no, os lo ruego. Si bien ella me dio órdenes, yo las cumplí. Soy culpable, y soy inocente de todo, mi señor. No dejéis reinar a Hamlet, por favor, señor.

CLAUDIO.- Yo no puedo hacer mi capricho, pequeña. La ley natural dice que el rey Hamlet debe ser remplazado por Hamlet hijo.

OFELIA.- Pero vos ya habéis roto dicha ley.

CLAUDIO.- La he retrasado.

OFELIA.- Retrasadla más, dejadnos ser felices unos años,

antes de que otro loco tome el mando.

CLAUDIO.- No puedo hacer nada por evitarlo, niña.

OFELIA.- No habla el llanto de una niña, habla la voz del pueblo.

CLAUDIO.- ¿Es mi pueblo el que piensa eso?

OFELIA.- Eso y muchas cosas más.

CLAUDIO.- He de abdicar. Hamlet tiene edad para tomar la corona.

OFELIA.- Pues acabad con él. ¿Vale tanto la vida de un hombre? ¿Vale tanto su respirar? ¿La vida de cuántos de nosotros paga el precio de un príncipe?

CLAUDIO.- Ahora hablas con más libertad que al principio.

OFELIA.- Ahora sé que lo que dicen de vos no es falso.
Encuentro un amigo en los oídos de su majestad.

CLAUDIO.- Es mi hijo.

OFELIA.- No lo es.

CLAUDIO.- Es el príncipe.

OFELIA.- Y vos el rey.

CLAUDIO.- No puedo romper la cadena de descendencia.

OFELIA.- Podrías criar a mi hijo, bajo vuestra tutela. Hacer de él alguien de provecho.

CLAUDIO.- No puedo... matar a Hamlet.

OFELIA.- Siempre hay un enemigo que pueda hacerlo.

CLAUDIO.- ¿Quién?

OFELIA.- Mi hermano. Yo puedo hablar con él, sería yo la responsable de todo, yo le pediría que...

CLAUDIO.- ¿Por qué habrías de hacerlo?

OFELIA.- Por el bien de mi reino.

CLAUDIO.- ¿Y estarías dispuesta a cargar con la culpa de un asesinato por el bien de tu pueblo?

OFELIA.- Y si mis fuerzas fueran mayores, con mis manos lo haría.

CLAUDIO.- Es una carga muy pesada.

OFELIA.- Sé que otros ya han acarreado con ella antes.

CLAUDIO.- No. No quiero más sangre. No habrá más

muertes en Elsinor, ya es suficiente. Ofelia, no podemos cambiar el destino. No hablarás con tu hermano. Tu deber es casarte con Hamlet y reinar de la mejor forma. Hoy hay una celebración en palacio. Quiero que te sientes al lado de la reina, que el pueblo te vea. Te pido, como rey que se preocupa por todos, que te cases con Hamlet. ¿Lo harás?

OFELIA.- Vos sois mi rey. Lo haré.

CLAUDIO.- ¿Lo juras?

OFELIA.- Solo la muerte podrá evitarlo, mi señor.

LA RATONERA

YORICK.- Bien, ilustres damas, estimadas señoras, lo que van a ver a continuación es algo que bajo ningún concepto deben intentar en sus casas. *(Hace ejercicios de calentamiento.)* Stanislavski, Stanislavski, Stanislavski, Stanislavski... bien. Ya estoy dispuesto. ¡Dadme mis armas! *(Entra GERTRUDIS/OFELIA con una chaqueta llamativa y se la coloca. Opcional queda sonriente a un lado para animar al público.)*

Y ahora, estimado público, es el momento de «Vamos a putear al rey» ¡Bieeeeeenn! Y el invitado de esta semana es... ¡Claudio! Los cómicos iban a representar una obra, pero Hamlet, que es un poco pícaro, hace una travesura. *(Saca un micro y entrevista a Hamlet.)* Hamlet, en primer lugar, y es una duda que muchos espectadores de todos los tiempos nos han hecho llegar a la redacción,

¿«Hamlet» es nombre o apellido?

HAMLET.- Apellido.

YORICK.- Y a tu padre se le llama Hamlet.

HAMLET.- Sí, así es.

YORICK.- Y a ti te llamamos Hamlet.

HAMLET.- Sí, Yorick, como siempre, estás en lo correcto.

YORICK.- ¿Y por qué a Claudio, que tiene el mismo apellido, no le llamáis Hamlet?

HAMLET.- Claudio siempre ha sido la oveja negra de la familia.

YORICK.- Y es eso lo que nos ha traído hasta aquí. Hamlet, cuéntanos, ¿qué vamos a ver?

HAMLET.- Me alegra que me hagas esa pregunta Yorick. En realidad no vamos a representar una obra, es un poco la representación de lo que yo creo que ha sucedido.

YORICK.- Pero... ¿Por qué? ¿Por qué a Claudio?

HAMLET.- Verás, Yorick, en mi opinión, Claudio tiene algo que ver con la muerte de mi padre.

YORICK.- Oh, Dios mío, eso es terrible.

HAMLET.- Sí, Yorick. Me gustaría, a través de tu programa, desenmascarar sus fechorías y que quede en evidencia delante de todos.

YORICK.- ¿Buscas arrepentimiento?

HAMLET.- No, a estas aturas de la obra, no sé realmente qué busco. Espero que con la reacción de Claudio lo descubra.

YORICK.- Bueno, pues mucha suerte, y nos vemos en el backstage. Ya lo han oído, amigos. Y ahora, sin más dilación, ¡vamos a ver qué hemos preparado para Claudio!

Para la obra que van a representar los cómicos, hemos dispuesto en el escenario a un rey bueno, buen padre, buen marido y buen tipo en general. Al otro lado, tenemos el hermano del rey. Un tipo odioso, malvado, maloliente, malhablado y antipático. El rey bueno defendía como un león su reino, y su hermano le sonreía como una hiena. Un día, el rey bueno se echó la siesta y su hermano vino a envenenarlo, porque lo que el rey bueno no sabía era que su hermano ¡quería ser rey!

Usan la música del Rey León.

Yo no era un rey, yo era un matón
y encima era culé.
Y como rey tenía un Don
que lee el ABC.

No puedo con este mamón
no puedo con su voz,
voy a completar un gran plan
¡¡Lo mato y se acabó!!
que para eso soy un malhechor
¡¡Ohh TODO TIENE UNA RAZÓN!!
y el por qué hago esto es por no quiero que haya...

Nadie que me diga
lo que debo hacer.
¡¡Nadie que me diga
cómo debo ser!!
Libre para hacer mi ley.
Libre para ser el rey.

Ya está dormido, se acabó.
Te voy a machacar.
No quiero esperar,
no se vaya a despertar.
De aquí me saco una botella

de un buen elixir
de serpiente ¡y está llena!
la vierto y a vivir,
sencilla ha sido la operación...
¡¡Oooh querido Rey, di ADIÓS!!!

Instrumento musical.

y... mía es tu mujer,
míos tus vasallos,
todo lo que tienes,
ME LO ESTOY QUEDANDO
¡¡ASÍ, SÍ!!

¡Soy rey! Sí que puedo gobernar
sin nadie que me pueda parar.
Más malo que la quina y el copón,
¡Oh y es que soy un malhechor!
¡Oh y puedo ser mucho peor!
¡Oh y es que yo soy... un malechor!

ESCENA IX

la locura de Hamlet desencadena en el odio de Claudio

GERTRUDIS.- Mi rey...

CLAUDIO.- ¡No te acerques! ¡No quiero que te acerques!
Mataré a ese hijo de perra. Acabaré con él.

GERTRUDIS.- Por favor, Claudio, escúchame.

CLAUDIO.- Por muy puta que fueras, ten seguro que ese bastardo es hijo del rey Hamlet: tan hastiado, iracundo y sibilino no puede ser hijo de nadie más.

GERTRUDIS.- Claudio, es mi hijo.

CLAUDIO.- ¡Pues reniega de él!

GERTRUDIS.- Eso no es de buen cristiano.

CLAUDIO.- ¡Voto a Dios!

GERTRUDIS.- ¡Claudio!

CLAUDIO.- ¡Se ha burlado de mí! ¿Qué he de hacer?

GERTRUDIS.- ¡Protegerlo!

CLAUDIO.- ¿Estás loca?

GERTRUDIS.- ¡Protégelo! ¡Ha sucedido algo terrible!

CLAUDIO.- ¡Claro que ha sucedido algo terrible! Ha puesto a la corte en jaque, me ha puesto en evidencia ¿sabes lo que todo esto significa? Los nobles hablarán de sublevarse al soberano, nuestros enemigos verán en esto

un acto de debilidad, nos atacarán por todos los frentes, perderemos todo lo que hemos conseguido hasta ahora.

GERTRUDIS.- Claudio, por favor, manda a Hamlet a Inglaterra. Destiéralo por unos años, salva a mi hijo.

CLAUDIO.- No, eso no. No voy a entrar en su juego. No voy a darle razones para ser un mártir. No voy a desterrarle por una chiquillada.

GERTRUDIS.- Esto no es una chiquillada.

CLAUDIO.- Por fin estamos de acuerdo.

GERTRUDIS.- Claudio, no lo entiendes. Hamlet ha matado a Polonio.

CLAUDIO.- ¿Quién lo dice?

GERTRUDIS.- Yo lo he visto. Tras la función, Polonio me

acompañó a mi alcoba y Hamlet nos siguió. Yo tenía miedo y pedí a Polonio que se escondiese tras un tapiz..., tenía miedo de quedar a solas con Hamlet, está..., no le reconozco.

CLAUDIO.- Mujer, habla claro de una vez.

GERTRUDIS.- Hamlet me atacó, Polonio pidió ayuda y Hamlet lo atravesó con su espada... El cadáver sigue en mi alcoba.

CLAUDIO.- Es un enfermo. Van a pasarnos a todos por cuchillo.

GERTRUDIS.- Hay que decirle a Ofelia que su padre ha muerto. Digamos que ha sido un accidente, solo yo sé la verdad.

CLAUDIO.- ¿Un accidente? ¡¿Un accidente?! El accidente lo tuviste tú cuando pariste a este demonio.

GERTRUDIS.- Ayuda a Hamlet, por favor.

CLAUDIO.- Yo solo no puedo enfrentarme al mundo.

GERTRUDIS.- No estás solo. Me tienes a mí.

CLAUDIO.- Tú siempre le justificarás.

GERTRUDIS.- Tengo miedo, Claudio.

CLAUDIO.- ¿Dónde está Ofelia?

GERTRUDIS.- Huyó de la sala, como tú. Ella no sabe nada.

CLAUDIO.- Búscala.

GERTRUDIS.- ¿Quieres que hable con Ofelia?

CLAUDIO.- Quiero que la busques.

GERTRUDIS.- ¿Qué lograremos de ella?

CLAUDIO.- ¡Digo que la busques!

GERTRUDIS sale. HAMLET acecha.

CLAUDIO.- Hamlet, maldito bastardo. Tú solo vas a ser la muerte de todos nosotros. Maldito el día en que naciste. Debí haberte matado cuando eras un bebé. Lástima que Herodes confundiera la época para venir al mundo. Tú, y solo tú, maldito Hamlet, serás el fin de Dinamarca. *(HAMLET se acerca con el puñal en la mano. OFELIA lo ve.)* No. No eres tú. Ese es el error. ¿Quién desencadenó todo esto? Veo el mal en todos y soy yo el único culpable. Culpo a Hamlet de asesino, y fui yo el primero en verter sangre en este reino. Culpo a Hamlet de mentiroso, y soy yo el mayor de todos. Maté a mi hermano. Pude haberle convencido de que no atacara Noruega, como otras veces le he convencido de muchas otras cosas peores, pero no. Me cansé de hablar, me cansé de hacer las cosas

bien y maté a mi hermano. Pude haber asesinado al rey Hamlet y pagar por mi culpa de asesino, pero no, me dejé llevar por las buenas palabras de Gertrudis. Quería ayudar a mi pueblo, y asesiné a su rey y los engañé a todos con una burda mentira. ¿Cómo fui tan iluso de creer que nunca se descubriría? Yo soy el único traidor a mi patria, yo soy el único culpable de todo. ¿De qué me sirve arrepentirme ahora? Sé que volvería a hacerlo. Sé que si volviera a nacer, volvería a cometer la misma atrocidad, ¿pero por qué? No porque sea lo justo, sino porque yo creo que es lo justo. Soy yo el vulgar pendenciero, el maldito bastardo. Yo soy el único culpable. He de restaurar la línea sucesoria, he de hacer rey a Hamlet, es el destino. Si Dios ha reservado para Dinamarca la extinción, no seré yo el que lo impida.

OFELIA (*A HAMLET*).- ¿Qué hacéis, mi señor?

HAMLET.- ¿Y qué haces tú aquí? Vete a casa.

OFELIA.- ¿Ya no queréis enviarme a un convento?

HAMLET.- Ya no. Porque pronto habrá una vacante de rey y tú serás mi reina.

OFELIA.- Hablaré con mi padre. Aún no estoy lista.

HAMLET.- Tu padre no se inmiscuirá entre nosotros. Ya ha tenido las narices demasiado cerca de mis asuntos.

OFELIA.- ¿Tus asuntos?

HAMLET.- Cásate conmigo y mañana podrás darle un entierro con honores.

OFELIA.- ¿Habéis mandado matar a mi padre?

HAMLET.- Lo que yo puedo hacer con mis manos, no mando hacerlo a nadie.

OFELIA.- ¿Y por qué no me matáis a mí también?

HAMLET.- Tú no te metes en mis asuntos.

OFELIA.- Estoy aquí, viéndoos confabular.

HAMLET.- Tú llevas mi semilla.

OFELIA.- Pues ya que tenéis la daga en la mano, tomadla.
Vuestra es la semilla, no quiero tener algo que no me pertenece.

HAMLET.- Este filo ha de beber de otra fuente que no es la tuya.

OFELIA.- No veo el motivo por el que después no lo uséis en mí.

HAMLET.- Debo vengar la muerte de mi padre. El corazón me lo exige.

OFELIA.- Y yo debiera hacer lo mismo, puesto que vos matasteis al mío.

HAMLET.- Tu padre no era el rey.

OFELIA.- Ni este rey es vuestro padre. ¿Con qué derecho os creéis para arrebatarnos al único rey al que queremos?

HAMLET.- ¿Y desde cuando tenéis derecho a elegir un rey?

OFELIA.- Desde que los bastardos hicisteis añicos nuestras vidas.

HAMLET.- No me hables así. No te he dado esa libertad.

OFELIA.- ¿No tiene la futura reina la libertad de hablar?

HAMLET.- Piensa que no te necesito como reina.

OFELIA.- Naturalmente que no. Podéis desposar a la actual.

Dicen que no hace ascos a nada.

HAMLET.- (*Pone la daga en el cuello de OFELIA.*) Lo que llevas en tu vientre te salva de mi ira.

OFELIA.- Estoy deseando arrancar este bastardo de mi cuerpo para ver como lo hacéis. (*Arrastra la daga hasta su vientre.*)

HAMLET.- Estás loca (*Se va retirando.*) Loca.

OFELIA.- (*Se acerca a CLAUDIO.*) Señor, mi señor.

CLAUDIO.- Ofelia, hija. Máchate. No quiero que me veas así.

OFELIA.- Mi señor, no os aflijáis.

CLAUDIO.- No lo hago, solo que he descubierto la verdad, y duele.

OFELIA.- La verdad siempre duele, por eso no es buena.

CLAUDIO.- Quiero que me hagas un favor. Quiero que acudas al vestidor de la reina. He dado orden de que te entreguen el traje que Gertrudis llevaba el día de su boda, cuando aún era joven y tenía tu talle. Es un traje espléndido, blanco, con perlas. Quiero que te lo pongas.

OFELIA.- Si vos me lo pedís, lo haré.

CLAUDIO.- Quiero que esta noche te sientes al lado de la reina, en la cena.

OFELIA.- Si vos me lo pedís, lo haré.

CLAUDIO.- Y quiero que sonrías, pequeña, aunque no te guste lo que vaya a decir.

OFELIA.- ¿Vais a hacerlo? ¿Vais a entregarme a Hamlet?

CLAUDIO.- Voy a abdicar.

OFELIA.- Nos abandonáis.

CLAUDIO.- No. Estaré al lado de Hamlet. Intentaré que sea mejor rey de lo que fue su padre.

OFELIA.- No os escuchará.

CLAUDIO.- Me escuchará a través de ti.

OFELIA.- A mí no me escucha.

CLAUDIO.- Me escuchará a través de su madre.

OFELIA.- Señor, vais a morir.

CLAUDIO.- Aún me quedan algunos años.

OFELIA.- No, señor. Ahora mismo, Hamlet estaba dispuesto a mataros. Estaba ahí, empuñando una daga, esperando a asesinaros.

CLAUDIO.- No me sorprende. Ahora sabe la verdad. Yo maté al rey Hamlet.

OFELIA.- Todos la sabíamos, mi señor.

CLAUDIO.- Y todos callasteis.

OFELIA.- Ya os he dicho que la verdad duele.

CLAUDIO.- Eso no justifica nada.

OFELIA.- Porque todos apoyamos al rey.

CLAUDIO.- Pues apoyad al que viene.

OFELIA.- Os apoyamos a vos, hasta la muerte.

CLAUDIO.- Si eso es cierto, acepta lo que te digo. Ponte el traje que te pido, cástate con Hamlet, sé una buena reina.

OFELIA.- ¿Y si Hamlet os asesina?

CLAUDIO.- Callarás, no dirás nada, y seguirás siendo leal a tu rey.

OFELIA.- Vais a dejaros matar.

CLAUDIO.- En cuanto tenga la oportunidad.

OFELIA.- Entonces, la muerte de mi padre ha sido en vano.

(Se va.)

ESTÁSIMO DOBLE

oxímoron de Ofelia y Claudio

CLAUDIO medita en su alcoba. OFELIA ha salido a la calle, lejos de la corte.

OFELIA.- Un árbol que nace torcido, con una estaca se endereza. Se le marca el camino a seguir, se le dice cómo ha de crecer. Un árbol se puede enderezar, pero no se le puede obligar a dar fruto.

CLAUDIO.- Le serviré mi cabeza en bandeja de plata. Este rey, que se proclamó como un león, termina como un cordero. Yo, Claudio, el rey Justo, me veo avocado a sucumbir al capricho de un niño. He intentado enderezarlo, he intentado educarlo, he intentado hacerlo rey. He fallado. Que acabar conmigo acabe con su ira. Yo, el rey Justo,

con la esperanza de que mi sangre dé cordura a mi sobrino.

OFELIA.- Hamlet nunca dará fruto. Hamlet no debe ser rey. Es mi embarazo lo que precipita su coronación. Llevo en mi vientre la escoria de la humanidad. Claudio se dejará matar y yo soy responsable de que las cosas vuelvan a ser como fueron.

CLAUDIO.- ¿Y es matarme lo que devolverá la razón? ¿Y si esto no es un estado de locura pasajero?, ¿y si es su estado normal? Las cosas volverían a ser como fueron.

OFELIA.- Volverían las batallas sin sentido.

CLAUDIO.- Volvería la sangre a Elsinor.

OFELIA.- La injusticia.

CLAUDIO.- La pobreza.

OFELIA.- Soy la que hace que Hamlet pueda subir al trono, su concubina. Lo que llevo en el vientre será tan malo como su padre; su bastardo. No he venido al mundo para cometer tales vilezas.

CLAUDIO.- No he subido al trono para permitir tales tropelías. Tras de mí matará a Gertrudis.

OFELIA.- El rey me pide que sea una buena reina, pero, cuando nazca su bastardo, Hamlet también me matará a mí. Va en su sangre.

CLAUDIO.- Ofelia cree en mí. ¿Qué hace que Ofelia admire a un asesino y odie a otro? ¿Acaso ha hecho él algo que yo no haya hecho?

OFELIA.- Si te dejas matar, mi rey, todo habrá acabado

CLAUDIO.- La rueda de la fortuna no puede detenerse ahora aquí. Voy a luchar.

OFELIA.- Si mueres, mi rey, todo habrá sido en vano.

CLAUDIO.- ¡No! Mi error fue intentar educar a un joven que estaba ya educado por su padre.

OFELIA.- Mi hijo no puede ser la excusa de tu claudicación.

CLAUDIO.- Que sea el hijo de Ofelia el próximo rey. Lo educaré yo y haré de él un buen rey. Con él funcionará.

OFELIA.- Mi hijo no va a cargar con esa culpa.

CLAUDIO.- He de eliminar a Hamlet de esta situación. Su vida es para mí una fiebre ardiente. Yo no puedo hacerlo, no quiero más muertos en Elsinor, pero nada impide que suceda en el destierro. *(Comienza a escribir las cartas.)*

OFELIA.- Mi rey, quiero que recuperes el heroísmo de antaño.

CLAUDIO.- Hazlo tú, Inglaterra; hasta que sepa que

descargaste el golpe, por más feliz que sea mi suerte,
no se restablecerán en mi corazón la tranquilidad ni la
alegría.

OFELIA canta mientras se mete en el río.

OFELIA.- Hijo mío, yo te bautizo Hamlet.

Del agua materna

al agua del río.

Mi niño, no sufras.

No me odies, mi niño,

que no te vas solo,

que voy yo contigo,

que noto en mi pecho

tu dulce latido.

Y aun siendo tu vida

un corto camino,

mi niño, no sufras.

No me odies, mi niño.

Lágrima materna

termina en el río.

AHORA. Claudio quiere terminar la función

CLAUDIO.- Y este es el final de la historia.

YORICK.- Ese fue el final de Ofelia. Aún no debemos cerrar el telón.

CLAUDIO.- No hay nada más que merezca la pena ser contado.

YORICK.- ¿Este es vuestro alegato final? Ella, vuestra única esperanza, se suicida.

CLAUDIO.- Por eso termina aquí mi historia.

YORICK.- Sí, pero no es hora de retirarse.

CLAUDIO.- Tienes razón. Falta tu escena.

YORICK.- No intentéis convencer a mi ego.

CLAUDIO.- Pero es verdad. Falta tu escena.

YORICK.- ¿Por eso debo estar en la tumba? Hablad de vuestra historia, el público escucha.

CLAUDIO.- Me culparán, todos ellos han leído *Hamlet*.

YORICK.- No os dejéis engañar. Algunos solo han visto la película.

CLAUDIO.- No soy un buen narrador. Mejor cuenta tú qué pasa al final.

YORICK.- ¿Al final? Perdéis la cabeza, buscáis un sicario,

envenenáis a la reina, matáis a Hamlet, muere su majestad... ciertamente me alegré de no formar parte de esa escena. Mi muerte fue mucho más exclusiva. La víctima de un asesinato en masa pierde relevancia en la pompa.

CLAUDIO.- Yo no pierdo la cabeza.

YORICK.- La perdisteis. No al estilo Robespierre, pero la perdisteis.

CLAUDIO.- No. Todo lo que yo he hecho ha sido sopesando las cosas.

YORICK.- Exponédlo, por favor. La audiencia espera.

CLAUDIO.- ¿He de hablar?

YORICK.- O podéis dejar que el público se quede con lo que el viejo Will dijo de vos.

CLAUDIO.- Ni Rosencrantz ni Guildenstern cumplieron con su cometido. Inglaterra los ejecutó a ellos, y no a Hamlet.

YORICK.- Una errata en una misiva puede ser fatal.

GERTRUDIS.- Claudio, sucia rata, traidor, que como áspid entraste en mi corazón y en mi reino.

CLAUDIO.- ¿Por qué levantas a los muertos, bufón?

YORICK.- La caja es un espacio aburrido.

CLAUDIO.- Pues volved todos a ella.

YORICK.- Son vuestros recuerdos, mi señor, es vuestro relato y el reflejo de vuestro espejo. Liberad vuestra culpa.

CLAUDIO.- No recae sobre mí ninguna culpa.

YORICK.- Hablad, y nos iremos.

GERTRUDIS.- Mandasteis matar a mi hijo.

CLAUDIO.- ¡Y volvería a hacerlo!

GERTRUDIS.- ¿Bajo qué causa?

CLAUDIO.- La de la justicia.

GERTRUDIS.- ¿Qué sabe de justicia un asesino?

CLAUDIO.- Sabe de ella lo mismo que la que encubrió al asesino. ¡Que lance la primera piedra los que estén libres de pecado!

YORICK.- Señoras, señores... calma. Carecemos de consejero matrimonial. Hamlet lo mató. Terminemos con la historia.

CLAUDIO.- Supe que Hamlet volvía. También llegó a su tiempo Laertes, que inmediatamente se puso de mi lado.

OFELIA.- Mi hermano Laertes siempre fue leal al rey.

YORICK.- Anoto. «Laertes se puso de mi lado.» ¿Siempre?

CLAUDIO.- Laertes quería venganza por su padre y por su hermana.

YORICK.- ¿Ayudó decir que Hamlet había violado a Ofelia?

OFELIA.- Eso jamás sucedió. Es falso.

YORICK.- Preguntad al acusado.

CLAUDIO.- Lo hice para poder controlar su ira. Era un detalle más. Necesitaba de su completa colaboración.

YORICK.- Esta es la parte que más me gusta, la caída del

ídolo.

OFELIA.- Vos tenéis nuestro apoyo, tenéis el apoyo del pueblo. No necesitabais mentir.

CLAUDIO.- Le mentí, pero no le engañé. Hamlet es el verdadero culpable de tu muerte y la de tu padre. Y Hamlet me quería matar a mí, a vuestro rey. Venía dispuesto a acabar con todos. Él mismo me lo dijo.

YORICK.- ¿Cuándo?

ESCENA X

la escena que no estaba allí

HAMLET y CLAUDIO en el auditorio real.

CLAUDIO.- Hamlet, hijo mío. Sé lo que te atormenta y he de decirte que ya no has de preocuparte más por eso.

HAMLET.- ¿Habéis resucitado a mi padre?

CLAUDIO.- Encontré a su asesino. Tenías razón, siempre la tuviste. Un espía del príncipe Fortimbrás asesinó a tu padre.

HAMLET.- Y vos lo habéis encontrado.

CLAUDIO.- No ha sido fácil, pero, al menos, puedo entregarte

un trono limpio de sangre.

HAMLET.- ¿Dónde está? ¿Dónde está el asesino de mi padre?

CLAUDIO.- Lo mandé ejecutar. No quería que el pueblo viese en Noruega un enemigo.

HAMLET.- ¿Vos lo mandasteis ejecutar?

CLAUDIO.- Yo lo ejecuté y mandé descuartizar su cuerpo. Nunca nadie sabrá de él. No lo habría logrado sin tu ayuda. Tu padre estaría orgulloso.

HAMLET.- Es mi derecho como hijo vengar su muerte.

CLAUDIO.- Pero ya he acabado con el asesino. No te atormentes más.

HAMLET.- ¿Me queréis quitar la posibilidad de escupir a la cara al asesino de mi padre?

CLAUDIO.- Y te entrego un trono preparado para ser gobernado. Saneado, en paz, dispuesto. Este es tu trono. No es necesario empezar un reinado con una guerra absurda.

HAMLET.- Es absurda porque no es vuestro padre el vilmente asesinado.

CLAUDIO.- No olvides que es mi hermano.

HAMLET.- Vuestro hermano hubiera empezado una guerra.

CLAUDIO.- Y yo la he parado. ¿Quieres el trono?

HAMLET.- Quiero el trono, pero no quiero que tú abduques.

CLAUDIO.- ¿Qué es lo que quieres?

HAMLET.- Reuniré un ejército, atacaré Elsinor, te haré caer de rodillas y pedir perdón por lo que has hecho.

CLAUDIO.- He traído la paz.

HAMLET.- ¿Me crees idiota? Has traído la paz, pero a costa de tener las manos manchadas de la sangre de mi padre. ¿Sorprendido? Aún no sabes lo que te espera. Ni a mi madre por encubrirte, ni a tu pueblo por callar. Voy a acabar con todos y tú no podrás impedirlo.

AHORA el alegato final se desmorona

Vuelven a estar en la función teatral.

GERTRUDIS.- Mi hijo nunca haría eso.

CLAUDIO.- Yo estuve allí.

GERTRUDIS.- Eso es mentira.

CLAUDIO.- No lo es. Todos lo habéis oído, habéis sido testigos.

YORICK.- Hemos sido testigos de lo que vos decís, mi señor.

CLAUDIO.- Lo habéis visto.

YORICK.- Esto es vuestra mente, aquí, la verdad, es la que vos queréis creer.

CLAUDIO.- Temía por todos vosotros.

YORICK.- Vos no teníais miedo de eso. Lo que vos realmente odiasteis es que Hamlet era un niño, un adolescente malcriado, que os plantó cara, que se puso frente a vos para vanagloriarse de su éxito.

CLAUDIO.- ¿El éxito de no morir?

YORICK.- El éxito de no morir, el éxito de insultaros en público y no ser castigado. Desde el regreso de Hamlet, el príncipe de Dinamarca no hace ni una sola mención a recuperar la corona o vengarse. (*Saca un ejemplar de Hamlet.*) ¡Leedlo! Es un maldito crío que ya se siente vencedor.

CLAUDIO.- ¿Quién lo dice?

YORICK.- ¡Shakespeare así lo escribió!

CLAUDIO.- ¡Shakespeare no es Dios!

YORICK.- ¡Aquí sí!

CLAUDIO.- ¡Voto a Shakespeare! ¡Yo estuve allí, él no! Desde un principio, bufón, has renegado de Shakespeare, ¿y ahora dices que mi palabra vale menos que la suya?

OFELIA.- Vuestra palabra, mi señor, como mi confianza, pierde sentido según reluce la verdad.

YORICK.- Amigo Claudio, para ser un político, aceptáis con poca gana esa frase sobre digos y Diegos.

CLAUDIO.- Ofelia, dulce niña, mi pueblo, escúchame como me escuchaste antaño. Estás muerta. Hamlet te llevó a eso.

OFELIA.- No. Fui muerta por vos. Por confiar en vos.

CLAUDIO.- ¿Qué has hecho de mi Ofelia, bufón?

OFELIA.- Ya no podéis cambiar la historia oficial, solo podéis dejar en herencia la verdad o la mentira. Ese es vuestro único legado.

CLAUDIO.- La verdad me duele. La verdad es un error.

YORICK.- Majestad, sois un hombre, y como hombre tenéis errores, debilidades.

OFELIA.- Vuestro reinado me privó de padre, hermano e hijo. Merezco saberlo. Al menos, merezco eso.

CLAUDIO.- Como en ocasiones anteriores habíamos fallado, decidimos hacerlo de forma definitiva. Se haría un duelo, sin sangre, entre Laertes y Hamlet.

YORICK.- ¿Sin sangre en vuestra familia? ¿Pretendíais matar a Hamlet de aburrimiento?

CLAUDIO.- El filo de la espada de Laertes estaba envenenado.

CLAUDIO mima a LAERTES, mientras que YORICK a HAMLET.

YORICK.- También la de Hamlet.

CLAUDIO.- Precauciones.

OFELIA.- Engañasteis a mi hermano, lo traicionasteis.

YORICK.- Disculpad, mi señor. No quería retener el relato.

¿Por qué lo hicisteis así?

CLAUDIO.- Ya he dicho que no me iba a permitir ningún fallo.

OFELIA.- ¿Os creéis Dios? ¿De vuestra infalibilidad pende la vida de vuestros fieles?

YORICK.- ¡Silencio! Putas y suicidas, silencio hasta que tengáis

algo interesante que decir. (*A CLAUDIO:*) Proseguid, por favor.

CLAUDIO.- Este duelo iba a ser un espectáculo. Laertes simulaba no tener odio a Hamlet y Hamlet...

YORICK.- Hamlet disfrutaba. Regresaba a Elsinor como un héroe.

CLAUDIO.- ¿Puedes decirme qué clase de héroe era Hamlet?

YORICK.- La clase de héroe que puede poner en evidencia al más poderoso y salir sin un rasguño de la batalla. Recordad vuestro biodrama.

CLAUDIO.- Fue una infamia. Nunca debió suceder.

YORICK.- Pero sucedió, y tanto la comedia de Hamlet como vuestro silencio fueron bautizados en la corte. Llamaron a la comedia «El rey idiota».

CLAUDIO.- ¿Y cómo llamaron a mi silencio?

YORICK.- «El idiota callado». El pueblo siempre es ingenioso con las meteduras de pata de sus majestades. ¡Habládnos del combate!

CLAUDIO.- (*Combate.*) Empieza el duelo: las espadas vuelan ligeras, las estocadas son precisas, pero sus defensas también. Estocada de Laertes, que Hamlet despeja; tajo a la cabeza, que esquiva, y Hamlet ataca con finta y a tercera, que Laertes para en segunda alta. Amenaza Laertes y, al intentar despejar Hamlet, da el pase. Tajo de izquierda a derecha y Hamlet pivota y ataca en cuarta. Laertes se desplaza en lateral y defiende. Choque de cazoletas, rompe Laertes, y tajo de izquierda a derecha con marcha de Hamlet. Cambio de guardia, parada en segunda y empujón; marcha, línea, fondo... pero no llegan a tocarse.

YORICK.- Hamlet roza con su espada a Laertes.

CLAUDIO.- Pero Laertes no sabe que he envenenado ambos filos.

OFELIA.- ¡Matasteis a mi hermano!

YORICK.- Buen espadachín, Hamlet.

CLAUDIO.- O malo, Laertes.

YORICK.- Y entonces aparece ella.

CLAUDIO.- Cómo pude enamorarme de alguien tan... simple.

GERTRUDIS.- Estoy emocionada. Ya no veo rencillas entre vosotros, y este juego hace las paces con Laertes. ¿Será Laertes para Hamlet lo que Polonio fue para nosotros?

YORICK.- Claudio, ¿vais a romper el corazón de una madre orgullosa?

CLAUDIO.- Hay una copa de vino para los tiradores, pero con esta perla, señalo la copa envenenada que Hamlet habrá de tomar.

GERTRUDIS.- Hijo, brindo por ti.

YORICK.- Y ella muere.

CLAUDIO.- Ella muere.

YORICK.- Y muere Laertes por la herida ponzoñosa.

CLAUDIO.- Muere Laertes. (*Da un tajo en el brazo de YORICK.*)

YORICK.- Lo habéis hecho.

CLAUDIO.- Lo hice.

YORICK.- Pero él os mató.

CLAUDIO.- No me importa. Maté a ese hijo de mala madre, maté a ese maldito asesino, al hijo bastardo de la monarquía danesa, a la peste de Elsinor. He muerto, pero ha merecido la pena, porque he matado al hijo de puta de Hamlet.

YORICK.- No parecéis afectado por la pérdida de un hijo.

CLAUDIO.- ¿No lo entiendes, Yorick? Dinamarca tiene una oportunidad.

YORICK.- Pero vos no.

CLAUDIO.- Me da igual morir. Todo esto lo he hecho por mi patria. Cumplí mi propósito.

YORICK.- Y os dio igual que murieran dos Hamlet, Polonio, Laertes, Gertrudis, Ofelia... más que un propósito, parece el resultado de una pequeña guerra.

CLAUDIO.- Pero al principio yo quería salvarlos a todos.

GERTRUDIS.- ¡Pero nos matasteis a todos!

CLAUDIO.- Quería salvaros de vuestro rey. (*Amplía su espectro al público.*)

YORICK.- ¿Salvarlos de lo que ellos aceptaban como normal?

CLAUDIO.- ¿Es normal aceptar ese tipo de gobierno? ¿Es normal no levantarse en armas contra eso? ¿Por qué me miráis?, ¿por qué no actuáis?

YORICK.- Ellos no se habían levantado.

CLAUDIO.- Porque ellos son chusma que no sabe lo que les conviene. Yo les abrí los ojos, yo les liberé de su carga.

YORICK.- ¿Y por qué vos, Claudio? ¿Quién os lo pidió? ¿Quién os hizo defensor de los débiles?

CLAUDIO.- Mi capacidad de superar este periodo de cuarenta años de dictadura, ¿O eso también lo habéis olvidado?

YORICK.- Vos sois tan dictador como lo fue aquel.

CLAUDIO.- ¡Falso! Aquel fue un reinado de odio irracional.

YORICK.- Como el vuestro.

CLAUDIO.- ¿Quién de todos mis súbditos dice eso de mí?

YORICK.- Ninguno, mi señor.

CLAUDIO.- ¿Entonces de qué me acusas, infecto bufón? ¿Con qué derecho me acusáis todos?

YORICK.- Ellos no os acusan, mi señor, vos enhebrasteis vuestra horca; vos lo habéis dicho: «Laertes se puso de mi lado» ¿Cuál es ese lado, mi señor? ¿Matar a Hamlet, pase lo que pase? Eso es odio irracional.

CLAUDIO.- No era indispensable para Dinamarca.

YORICK.- ¿Y eso, quién lo decide?

CLAUDIO.- Yo.

YORICK.- ¿Vos?

CLAUDIO.- El pueblo, que me apoyó, me dio ese poder de decisión.

YORICK.- El pueblo es idiota. «El pueblo me apoyó», eso no es ningún mérito, es una responsabilidad.

CLAUDIO.- ¡Yo soy el pueblo!

OFELIA.- Vos no sois el pueblo. Vos sois la persona en la que confió el pueblo. Creímos en vos, confiamos en vos, pusimos nuestras vidas en vuestras manos.

CLAUDIO.- Yo no lo pedí.

OFELIA.- Mi hermano murió por vos. ¿A él tampoco se lo pedisteis?

CLAUDIO.- Lo hizo por sí mismo.

OFELIA.- ¡Con mentiras!

CLAUDIO.- Sí, con mentiras, pero él lo decidió.

OFELIA.- ¡Maté a mi hijo por vos!

CLAUDIO.- Yo también maté a mi hijo por el pueblo, por el bien del pueblo.

OFELIA.- ¡No! Matasteis a vuestro hijo porque creéis ser el pueblo.

YORICK.- Vos, solo sois un viejo amargado con poder, mi

señor. (*OFELIA escupe a la cara a CLAUDIO.*) Y ya estáis demasiado muerto para cambiar.

CLAUDIO (*A OFELIA:*).- ¿Me odias? (*Al resto:*) ¿Me odiáis todos? ¡Pues idos todos al infierno!

OFELIA.- (*Tranquila.*) No, mi señor, no os odiamos. Os tenemos lástima. No hay un lugar tan podrido en Dinamarca como vuestro corazón.

CLAUDIO.- ¡Marchaos! ¡Desapareced! ¡Malditos todos!

OFELIA.- (*Tranquila, entrega un bulto a CLAUDIO.*) Cuidadlo, mi señor, como si fuera un tesoro.

CLAUDIO.- ¿Qué es esto?

OFELIA.- Mi hijo. (*Se marcha.*)

CLAUDIO.- (*Se da cuenta del total de su discurso.*) ¿Qué pasó

después?

YORICK.- Vino Fortimbrás, se acabó vuestra dinastía...

CLAUDIO.- Al final no les libré de la invasión.

YORICK.- No, mi señor.

CLAUDIO.- No tuvo sentido mi hazaña.

YORICK.- No hubo hazaña, mi señor.

CLAUDIO.- Pero eran buenas mis intenciones.

YORICK.- Y en intenciones quedaron, mi señor.

CLAUDIO.- Discúlpame ante el público.

YORICK.- ¿Por qué? Han disfrutado de una buena historia.

CLAUDIO.- Porque les he reunido para una mentira.

YORICK.- No hay disculpa, mi señor. Ya están acostumbrados a ello. Los políticos siempre han sido así.

CLAUDIO.- ¿Siempre?

YORICK.- No. Ahora no se dejan influenciar por la opinión del pueblo. Ahora solo son juzgados por sus iguales y siempre son inocentes.

CLAUDIO.- Los inocentes son los más culpables.

YORICK.- Eso siempre.

CLAUDIO se retira y se mete dentro de un ataúd. OFELIA-GERTRUDIS se ofrece para ayudar.

GERTRUDIS.- ¿Clavo la tapa, Yorick?

YORICK.- No, no es necesario. Quién sabe cuántos más tienen que entrar ahí.

Así fue, señores, cómo es la historia real de Hamlet, príncipe de Dinamarca, cabrón entre los cabrones, pero claro, la historia la cuenta siempre el vencedor, y depende de quién la escriba, un caudillo se convierte en demócrata, un diablo en santo y un cura... no, un cura siempre sigue siendo cura.

Señoras, señores,
en el culo tengo flores
y un jardín de caracoles,
que más que mal de amores
fue sífilis y calores.
Y si a alguien hemos ofendido
o se ha sentido aludido,
no es por lo que hemos dicho,
sino por lo que han vivido.
Pues en vista de la hora,
el éxito obtenido

y los aplausos recibidos
este bufón malhablado
y su corte de malvados
se van por donde han venido.

Tal vez esperabais más de mí, algo más agrio. No es necesario, en cuanto termine nuestra función, os encontraréis con vuestras conciencias.

FIN

